

ESTUDIOS HISTORICOS.



Vista de la Torre nueva en Zaragoza.

TOMO II

4

LA DEFENSA DE ZARAGOZA.

I.

—Muy afligido estás, Antonio, cualquiera pensaría que te pesa el triunfo que hemos conseguido contra esos gabachos.

—No me pesa el triunfo, á que ya sabeis he contruido como otro cualquiera y como debe hacer todo buen aragones, pero....

—Vamos, espícale....

—Pedro, no me irrites que yo soy un hombre prudente y cuando no digo mas es señal de que no puedo.

—¿Apostamos á que adivino la causa de tu pena?

—Puede ser, pero lo dudo.

—Veremos, tu has estado todo el día batiéndote en la puerta del Portillo; lo sé porque me lo han dicho los amigos, y también sé que te has portado como quien eres; allí habrás visto caer algun compañero que le tocara una china....

—No es eso.

—¿Geromo ¿quizás?

—Está herido pero, es cosa leve.

—¿Atanasio?

—Está de guardia, bueno y sano.

—¿El hijo de la Ursula?...

—Ese las lió.

—Pobrecillo! diez y ocho años y un muchachon que no cabia por esa puerta! Dios le habrá perdonado que ha muerto por la patria.

—Sí, pero su madre, viuda y sin amparo!...

—No te aflijas que entre todos la socorreremos. Bien sé que querías mucho á Jacinto pero....

—Dale! si no es Jacinto ni calabazas; no me preguntes que yo hablaré cuando pueda si antes no me lleva el diablo. Que traigan vino, bebamos y brindemos á la salud de Palafox, el caudillo de los zaragozanos.

Los dos personajes que hablaban de este modo estaban sentados á la puerta de una taberna no lejos del convento del Carmen de Zaragoza, en la noche del 15 de junio de 1808. El día habia sido borrascoso; derrotado Palafox por los franceses en Alagon se replegó á la ciudad seguido del enemigo, donde entró el 14, y detras de él un emisario del general Lefebvre á fin de que se rindiese, y un pliego enderezado al propio objeto y firmado por los emisarios españoles Castelfranco, Vilella, y Pereira que acompañaban al ejército francés.

La respuesta del general Palafox fué ir al encuentro de los invasores y con las pocas tropas que le quedaban, algunos paisanos y piezas de campaña, se colocó fuera no lejos de la ciudad al amanecer del día 15; no se hicieron esperar los franceses y Palafox conociéndose inferior en número, sin querer aventurar un encuentro inútil, se retiró en buen orden á Longares pueblo distante seis leguas desde donde continuó al puerto del Frasno, cercano á Calatayud con ánimo de engrosar su division con las tropas que organizaba en dicha ciudad el baron de Versages.

Desprovista Zaragoza de todo medio de defensa y sin contar apenas con 300 militares entre miñones y soldados, no presentaba al parecer obstáculo alguno para su ocupacion al enemigo; llegaron las abanzadas francesas y aun penetraron algunos ginetes por las calles, pero el pueblo en masa les atacó y ni uno solo salió con vida; pensó entonces el general Lefebvre que era conveniente formalizar el ataque y así lo hizo simultáneamente por las puertas del Portillo y del Carmen, pero

animados los zaragozanos con el primero, si bien fácil triunfo, opusieron tal resistencia que se empenó un combate horroroso al que puso término la noche; los franceses se retiraron á media legua de la ciudad llevándose los heridos y dejando en el campomas de 500 cadáveres. Una hora despues de haber cesado el fuego tuvo lugar la escena con que hemos principiado este capitulo. Volvamos ahora á la taberna donde hemos dejado á Antonio con sus amigos.

Apenas el tabernero, obedeciendo las órdenes que le habian dado, acababa de colocar un jarro de vino y algunos vasos sobre el banco que les servia de asiento, cuando volvió la esquina y se dirigió al corro á paso acelerado un hombre de alguna edad que al llegar fué saludado con la unánime exclamacion de tio Jorge!!! (1) al mismo tiempo y como por un efecto mágico, todos á la vez le presentaron sus vasos llenos de vino.

—No quiero beber, dijo el tio Jorge, ni es ocasion de perder tiempo en echar tragos y praticas inútiles. Yo vengo de la parte del general á deciros...

—¿Está en Zaragoza? preguntaron todos.

—Está donde debe; vengo á deciros de su parte, ¿entendeis?... Que en tanto que él vuelve que nombreis para gefe al señor corregidor don Lorenzo Calvo de Rozas; este es un buen patriota y es el que conviene; en estas circunstancias dificiles se necesita una cabeza que mande y si no todo se lo lleva la trampa; hoy se ha salido bien por casualidad, pero mañana volverá el enemigo á la carga y es menester estar preparados para escarmentarlo.

—Dice bien el tio Jorge, replicó uno de los del corro, vamos á reunirnos con algunos compañeros, buscaremos al señor corregidor y le diremos que queremos que nos mande.

—Pero cuidado muchachos, añadió el tio Jorge que no le habeis, de hablar de mí, ni de lo que ha dicho el general; la cosa es menester que se haga como que sale de vosotros ¿entendeis?... Id luego allá que yo me vuelvo con nuestro caudillo. Antonio, tu me acompañarás.

—Padre, replicó Antonio; vd. perdone, pero yo no puedo salir de Zaragoza.

—No tengas cuidado, Antonio, que no haremos falta en nuestro puesto á la hora del peligro.

—No es eso, padre, es que yo tengo que hacer en la ciudad esta noche... he dado mi palabra y no puedo faltar.

—Déjemonos de palabras ni réplicas; sígueme Antonio, y tengamos la fiesta en paz.

—Haga vd. de mí lo que quiera padre, pero no le sigo.

—Tio Jorge, repuso uno de los circunstantes, no haga vd. caso de Antonio, que hoy está incomprendible.

—¿Conque no vienes?

—No señor; por esta noche nó; mañana, lo que vd. quiera.

—Ahora ó nunca.

—Pues nunca.

—Antonio, me las pagarás... Benito sígueme tú, muchachos á cumplir la promesa.

—Tio Jorge, hasta la vista.

Y todos se separaron sin hablar mas palabra.

II.

Las doce acababan de sonar en el reloj de la cate-

(1) El tio Jorge fué capitán de la guardia de Palafox y representó un brillante papel durante el sitio de Zaragoza.

dral; la ciudad se hallaba iluminada por órden del nuevo gefe Calvo de Rozas; todo estaba tranquilo pero no enteramente silencioso, cual acontece por lo comun á horas tan adelantadas de la noche; algunas gentes discurrían presurosas por las calles, y parando un poco la atención era fácil percibir un murmullo sordo semejante al efecto que producen las aguas que se precipitan de un torrente, para el que las escucha de lejos. Nacia este ruido de la agitación en que estaban los habitantes, preparando sacos de tierra para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, Cármén y Santa Engracia, haciendo cartuchos de cañon y fusil, levantando banquetas en las tapias, abriendo troneras, para molestar al enemigo, y trabajando en fin para poner la ciudad en un regular estado de defensa, obedeciendo las órdenes de Calvo de Rozas, apenas dictadas ya cumplidas.

Por una calle escusada, estrecha y obscura marchaban dos personajes uno tras otro como á distancia de diez pasos; el que iba delante armado con su trabuco, canana y cuchillo de monte, joven y de buena presencia, no dejaba dudar por su traje que era un hombre del pueblo; el que le seguía de mediana edad, con casaca, sombrero y botas de campana á estilo de la época, sin mas armas que un baston de puño de oro, marchaba como absorto en profundas reflexiones; ya habian atravesado varias calles evitando siempre las principales por donde pudiesen encontrar gente, cuando al extremo de una de las mas lóbregas se pararon delante de una puerta pequeña que facilmente se conocia no daba entrada á ninguna casa, sino á un especie de jardin ó corral de no muy buen aspecto. El de la canana, paseó su vista escrutadora en derredor para ver si desde abajo ó desde las ventanas alguien los observaba, y convencido de que no, dió tres golpes á la puerta y despues un silbido.

—¿Eres tú Antonio? dijo una voz desde dentro que por lo dulce y temblona se comprendia que era voz de muger, y de muger con miedo.

—Yo soy, señorita, abra vd. sin cuidado.

Y la puerta se abrió dando paso á los dos personajes, que sin hablar mas palabra siguieron á la dama atravesando patios y corredores hasta llegar á una estancia donde penetraron cerrando tras sí la puerta.

—¿Hemos llegado á tiempo preguntó Antonio?

—Mucho lo dudo, replicó la dama, á quien llamaremos en adelante Rita.

—¿Pero vive? volvió á preguntar Antonio.

—Creo que sí; le han dado tres ó cuatro congijas que pensé se quedaba en ellas; sin embargo todavia respira.

—Veamos, dijo el del baston, y todos se aproximaron á una cama donde se hallaba tendido y sin conocimiento un joven de 26 años.

Con la impresion que produjo la luz que le acercaron al rostro, entreabrió los ojos y los volvió á cerrar exalando un ayl agudo y penetrante. El doctor, pues ya habrán adivinado los lectores que era un médico el personaje que acompañaba á Antonio, se puso á examinar la herida que el enfermo tenia en el pecho; durante la cura, Rita y Antonio mirando atentamente al cirujano querian adivinar su pronóstico; cuando hubo este acabado la operacion. «Es muy grave la herida, les dijo, y sobre todo han pasado muchas horas sin que este joven reciba los auxilios necesarios, mañana volveré y acaso se podrá formar mas exacto juicio.» Dictó algunas disposiciones y salió seguido de Antonio con las mismas precauciones con que habia entrado.

III. A obiles enid zarros.

Sin muro y sin torreones, segun nos ha trasmitido

Floro, defendiose largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. Tambien desgarnecida y desmurada resistió al de Francia con tenaz porfia la illustre Zaragoza; en esta como en aquella mancillaron su fama distinguidos capitanes; y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tubieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces en menos de aun año cercaron los franceses á Zaragoza; una malogradamente, otra con pérdidas é inauditos reveses. Cuanto fué de realce y nombre para Aragon la heroica defensa de su capital, fué de abatimiento y desdoro para sus sitiadores aguerridos y diestros, por no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

Baña á Zaragoza, asentada á la derecha márgen, el caudaloso Ebro. Cínela al medio dia y del lado opuesto, Huerba, acanalado y pobre que mas abajo rinde á aquel sus aguas y casi enfrente á donde, desde el Pirineo viene tambien á fenecer el Gállego. Por la misma parte y á un cuarto de legua de la ciudad se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acéquia imperial, así llaman al canal de Aragon por traer su origen del tiempo del emperador Carlos V. Antes del sitio hermosaban á Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares con amenas y deleitables quintas, á que dan en la tierra el nombre de torres. A izquierda del Ebro está el arrabal que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la ciudad de 55,000 almas: menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colomer á manera de profecía, cosa ha de un siglo «que estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes.» Cercábala solamente una pared de diez á doce pies de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada á veces y formada por algunos edificios y conventos y en la que se cuentan ocho puertas que dan salida al campo. No lejos de una de ellas, que es la del Portillo, y estramuros se distingue la Aljaferia, antigua morada de los reyes de Aragon rodeada de un foso y muralla cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles en general son angostas, excepto la del Coso muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad y que se estiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo y por la mayor parte de dos ó tres pisos. La adornan edificios y templos bien contruidos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales, la de Nuestra Señora del Pilar y la del Seo, en las que alterna por años para su asistencia el cabildo. El último templo antiquísimo, el primero muy venerado de los naturales por la imagen que en su santuario se adora. Como no es de nuestra incumbencia hacer una descripcion especial de Zaragoza no nos detendremos ni en sus antigüedades ni grandeza, reservando á la historia immortalizar aquellos lugares que á causa de la resistencia que en ellos se opuso, adquirieron desconocido renombre y por que allí las casas y edificios fueron otras tantas fortalezas.

Atónitos los franceses con lo ocurrido el 15, juzgaron imprudente empeñarse en nuevos ataques, antes de recibir de Pamplona mayores fuerzas con artilleria de sitio, morteros y municiones correspondientes. Mientras que llegaba el socorro, queriendo Lefebvre probar la via de la negociacion, intimó el 17 que á no venir á partido pasaria á cuchillo á los habitantes cuando entrase en la ciudad. Contestósele dignamente y se prosiguió con mayor empeño en prepararse á la defensa, llegando el entusiasmo hasta el extremo de jurar los zaragozanos el dia 26 á una hora señalada de la tarde «que los defensores de Zaragoza juntos y separados derramarían

hasta la última gota de su sangre por su religion, su rey y sus hogares.

Reforzados los franceses se apoderaron del monte Torrero por traicion del comandante que lo mandaba, quien juzgado en un consejo de guerra fué pasado por las armas; dueño de la nueva y ventajosa posicion, el enemigo estableció una batería rompiendo un fuego horrendo á las doce de la noche del 30 de junio. Los primeros tiros salvaron la ciudad sin hacer daño: acortáronlos y las bombas penetraron por la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas empezaron á causar quebrantos y destrozos.

Para observar el fogonazo y avisar de la llegada de las bombas, pusieron los sitiados atalayas en la torre llamada Nueva, si bien fabricada en 1504, la cual se representa perfectamente en el grabado que encabeza este artículo cuya torre elevándose en la plaza de S. Felipe, sola y sin arrimo pareció acomodada al caso, aunque ladeada á la manera de la famosa de Pisa, de que tambien daremos copia y nos ocuparemos en alguna ocasion.

Al bombardeo siguió en la mañana del 1.º de julio un ataque general en todos los puntos dirigido con mas empeño á la puerta del Portillo, donde hubo tal estrago, que muertos en una batería exterior todos los que la defendian nadie osaba ir á reemplazarlos, lo cual dió motivo á que se señalase una muger del pueblo llamada Agustina Zaragoza. Moza esta de 22 años y agraciada de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desanimo de los hombres, corrió al peligroso punto y arrancando la mecha aun encendida de un artillero que yacia por el suelo, puso fuego á una pieza é hizo voto de no desampararla durante el sitio, sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaídos ánimos, se precipitaron todos á la batería y renovose tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1589, fué premiada tambien de un modo parecido y así como á aquella le concedió Felipe II el grado y sueldo de alférez vivo, remuneró Palafox á esta con un grado militar y una pension vitalicia.

A fuerza de repetidos ataques y pérdidas considerables, lograron los franceses penetrar hasta el Coso; pero bien pronto se convencieron de que su triunfo era imaginario y que para dominar á los zaragozanos, segun ha dicho después un escritor francés bastante imparcial, era menester matarlos. Cada casa era una trinchera, cada edificio un castillo. La entrada de Palafox y el refuerzo de algunas tropas que llegaron infundieron nuevo aliento á los sitiados y alejaron de los sitiadores toda esperanza de completo triunfo. La noticia oficial de la batalla de Bailen hizo que el enemigo levantara el sitio retirándose en la noche del 13 de julio despues de haber sufrido una pérdida de mas de 3000 hombres.

Tiempo es ya de que apartemos al lector de estas escenas de sangre y esterminio, y que digamos algo del enfermo que dejamos al cuidado de Rita al concluir el capítulo segundo.

IV

Doña Rita de Vargas, hija única de un caballero aragonés, viudo, llamado don Pedro, se habia educado en un colegio de Francia donde su padre desempeñó un consulado por mucho tiempo; habia muerto don Pedro cuando Rita no contaba mas que 16 años y vino esta á Zaragoza á poder de un tio solterón á quien su padre habia nombrado tutor. El caracter de don Ambrosio (así se llama

ba el hermano de don Pedro) era el menos apropiado del mundo para congeniar con su sobrina; brusco como buen aragonés, desabrido y preocupado, formaba el mas extraño contraste con su sobrina, dulce, apasionada y de unos modales propios de la educacion que habia recibido; con toda la coquetería de una francesa y con toda la sensibilidad de una española; rica y bella, participando de las ideas y costumbres de la sociedad francesa, doña Rita se consideraba como en un cautiverio al lado de su tio, que no perdonaba medio de ridiculizarla hasta sus mas pequeños movimientos, teniéndola siempre encerrada; por que buen avaro don Ambrosio, temia tambien que llegase el momento de casar á su sobrina y tener que rendir las cuentas de la tutela, en cuyo asunto no habia procedido con aquella buena fé que su hermano habia sin duda imaginado cuando depositó en él su confianza. Cinco años habian transcurrido desde la vuelta de doña Rita á España, cuando los sucesos del 2 de mayo en Madrid, pusieron en claro los planes de Napoleón respecto á la península. Doña Rita como una consecuencia natural de la opresion en que vivia, recordaba con placer los primeros años de su infancia y á fuerza de contrariedades habia llegado á ser para ella objeto de veneracion y culto cuanto pertenecia al vecino reino. Tan cierto es que los padecimientos del corazón, engalanaban á nuestra vista todos los objetos que nos recuerdan la época en que fuimos dichosos.

No hay para que decir que doña Rita veria con placer aproximarse el ejército francés á Zaragoza, como si la conquista de la ciudad tuviese por objeto libertarla á ella de su cautiverio. En la mañana del 15 don Ambrosio habia corrido como todos los zaragozanos á la defensa de sus hogares; empeñada la pelea en la calle donde vivia doña Rita, el oficial francés que mandaba el piquete que por allí penetró, habia caído del caballo herido á los primeros disparos junto á la puerta de nuestra heroína; retirados los franceses y empeñados los españoles en perseguirlos todo quedó en silencio, y doña Rita se atrevió al cabo de un rato, á asomarse á la ventana llevada de la curiosidad tan natural como fácil de comprender. La presencia de un cadáver en su misma puerta le hizo fijar la atencion y creyó notar algunas señales de vida; sin meditar las consecuencias bajó resuelta á prestarle toda clase de socorros, llevada de su natural compasivo y de su predileccion por los franceses; estaba sola, hasta las criadas habian salido á la calle para contribuir á la defensa; una vez al lado del herido conoció que sus ausilios serian ineficaces y que nada podia hacer bastante para librar de la muerte al desgraciado que luchaba con ella; la sangre que brotaba de su herida era tan abundante que cinco minutos hubieran bastado para consumir la obra; doña Rita por un instinto natural se rasgó sus propios vestidos de finísima batista y formó una especie de ligadura que contuvo la hemorragia; estando en esta operacion acertó á pasar Antonio que en tan apurado trance era una providencia para doña Rita; suplicóle ésta que le ayudase, y Antonio, ya por su caracter compasivo y generoso, ya tambien porque debia grandes atenciones á la señorita de Vargas en cuya casa se habia criado, se prestó de buena voluntad á lo que de él se exigia y con esta ayuda doña Rita meditó llevar á cabo su obra ocultando al herido en una sala baja nada frecuentada de la casa y prestándole en secreto todo genero de asistencia. Trasportado el oficial y colocado en una cama, Antonio se encargó de llevar un cirujano; pero en el estado en que estaban las cosas, esto no podia practicarse sino á media noche y con todas las precauciones que hemos visto en el capítulo segundo usó para llevarlo.

Apenas habia salido Antonio de la casa de Vargas, cuando una tristeza mortal se apoderó de él; el lance en que se habia comprometido podria presentarlo como

sospechoso ante sus compañeros si un día se llegaba á descubrir, pero habia empeñado su palabra y nada en el mundo le haria faltar á ella; por eso se negó á seguir al tío Jorge y se quedó en Zaragoza á despecho de sufrir todo el rigor de la ira paterna.

Quizas parecerá extraño ver á un hombre del pueblo enemigo mortal de los franceses y poseído del fuego de la juventud y del entusiasmo de aquellos tiempos, prestarse á ser el instrumento para salvar al mismo que acaso poco antes habia él herido en la refriega; pero aun sin contar para nada el respeto que Antonio tenia á doña Rita como hija de su bienhechor, este proceder es muy propio de nuestro carácter: valor en la pelea y generosidad con los vencidos, tal ha sido siempre el proceder de los españoles.

Cuando los franceses se retiraron de Zaragoza, el oficial recogido por Rita, habia recobrado completamente la salud y aunque muy débil todavía, se hallaba en estado de marchar, como en efecto lo verificó no sin dejar en el corazón de la señorita de Vargas señales indelebiles de su permanencia y sin llevar él en el suyo grabada la imagen de la que habia sido su angel libertador. Por mas que se repitan lances semejantes á éste todos los dias en los dramas y en las novelas, no se puede negar que hay situaciones en la vida en que es preciso amar ó ser insensible. Ya hemos visto la disposicion en que se hallaba Rita cuando tomó á su cargo el cuidado del herido ¿puede estrañarse que lo que fué en un principio compasion degenerase luego en amor, tratándose de un militar jóven de buena presencia y finos modales? Hasta la circunstancia de poderse explicar en un mismo idioma era un poderoso aliciente. En cuanto al herido á quien llamaremos Sourville es menester convenir que no podia dejar de amar á Rita sin incurrir en la tacha de ingrato. Oculto, cuidadosamente asistido por ella por espacio de un mes, tenia que mostrarse agradecido y todos sabemos la distancia que hay del agradecimiento al amor, mucho mas cuando ayuda el íntimo trato, y estimula una cara agraciada de 21 años. El hecho fué que al separarse Rita y Sourville se juraron amor eterno, prometiéndose unirse cuando los azares de la guerra lo permitiesen.

V.

Seis meses despues de la retirada de que hemos hecho mérito, se presentaron de nuevo los franceses delante de Zaragoza, el 20 de diciembre, provistos de grandes medios de ataque: los zaragozanos por su parte tampoco habian perdido el tiempo; la ciudad se hallaba en un regular estado de defensa, provista de víveres y con 14 á 15000 hombres de tropa, que subieron luego hasta 28000 con los dispersos de Tudela que se incorporaron á la guarnicion. En este como en el anterior sitio los zaragozanos hicieron prodijios de valor, sin que nos sea dado describir aqui todos los ataques que tuvieron lugar ni los hechos heroicos que nos refiere la historia, en dos meses justos que duró este terrible sitio en que tuvieron los aragoneses que luchar no solo con el enemigo que los estrechaba por fuera, sino con la epi-

demia que los consumia por dentro y de la que morian diariamente 350 personas y hubo dia que murieron hasta 500, contándose mas de 14,000 enfermos á la vez. Acaso sin esta circunstancia hubieran tardado los franceses mucho mas tiempo en enseñorearse de la ciudad, pues cuando se firmó la capitulacion solo era suya una cuarta parte, el arrabal y 13 iglesias ó conventos, y sin embargo su posesion les habia costado infinito trabajo y la pérdida de mas de 8.000 hombres. Murieron de los españoles en ambos sitios 53.873 personas, el mayor número en el último y de la epidemia. Fueron destruidos con las bombas los mas de los edificios. La biblioteca de la Universidad, formada con la antigua de los jesuitas y enriquecida con varias dádivas y entre ellas una del ilustre aragonés don Ramon de Pignatelli, se voló con una mina. Pereció tambien al final del sitio, la del convento de dominicos de S. Ildefonso, fundada por el marqués de la Compuesta, secretario de gracia y justicia de Felipe V, en la que habia sin los impresos, mas de 2000 curiosos manuscritos. Tan destructora y enemiga de las letras es la guerra aun hecha por naciones cultas.

Ocuparon los franceses en virtud de la capitulacion el dia 20 de febrero la ciudad; aquella noche la soldadesca se entregó á toda clase de excesos á vista y presencia de sus gefes, que ni este ni los demas artículos estipulados guardaron como debian. Habia introducido una turba desenfrenada y ebria en una de las casas principales, donde despues de robar y saquear, se disponian á cometer el último delito con una jóven que yacia en la cama, apenas convaleciente aun del mal reinante; sin duda hubieran llevado su infame proyecto á cabo, si un jóven del pueblo no se hubiese presentado á la puerta de la alcoba á impedirles el paso resuelto á morir antes que tolerar tamaño atentado, y si un oficial francés que al mismo tiempo pasaba por la calle no hubiese entrado, movido á compasion por los extraños gritos de la paciente. La presencia del oficial contubo á los soldados; mandóles este imperiosamente que se retiraran y al dirigirse á la dama para ofrecerle sus servicios, puede juzgarse de su sorpresa reconociendo á Rita que era la enferma. El oficial libertador se llamaba Sourville y el jóven que defendió la puerta de su alcoba, Antonio.

En un viaje que hice yo hace tres años á Burdeos, asistí á un banquete, que con motivo del casamiento de una de sus hijas, dió un americano residente en aquella ciudad á quien habia ido recomendado. El novio, jóven degallarda presencia, como de edad de 25 años, me cautivó por sus maneras finas y su instruccion poco comun; pregunté á mi amigo cómo se llamaba y me dijo que era hijo del general conde de Sourville, uno de los mas valientes oficiales de Napoleon, muerto en la batalla de Waterlóo. Observé yo al americano que me llamaba la atencion lo bien y facilmente que se espresaba en español no siendo su idioma natal, y entonces me dijo que su madre, que habia muerto del cólera en París, era española y se llamaba doña Rita de Vargas.

FRANCISCO DE PAULA MELLADO.



ESTUDIOS MORALES.

PAULINA RUBENS.

(Segunda parte).

CAPITULO PRIMERO.

LA VIUDA.

Madama Van-Eyckens se había resignado, con la sonrisa en los labios, á la pobreza, pero la espantosa enfermedad de Jorge y su muerte mas espantosa todavía agotó sus fuerzas y aniquiló su valor. Desde esta fatal calamidad un abatimiento profundo se apoderó de ella de tal modo, que no se veía libre de él sino para caer en unos agudos dolores nerviosos, que turbaban su razon y la dejaban despues de la crisis en un verdadero desorden moral. Demasiado débil para salir de su aposento y aun muchos dias para poder levantarse, Paulina se mantenía casi siempre en la cama, siendo preciso además que la rodeara una profunda obscuridad, por que en cuanto llegaba á sus ojos la luz del dia, como no estuviera muy atenuada, hería dolorosamente su cerebro y la causaba atroces convulsiones. Lo mismo sucedía con cualquier ruido, con cualquier movimiento. Apenas podía Bella ocuparse en los cuidados domésticos mas indispensables sin causar á su señora agitaciones alarmantes; de modo que su pequeña habitacion habia perdido enteramente el aspecto risueño y aseado que ofrecía en otro tiempo. La miseria reinaba en ella con toda su deplorable energía. La limpieza, destello el mas esquisito de la elegancia, habia desaparecido; ya no se veía allí aquel reflejo de armonía y de amor que poco antes brillaba con celestes rayos. Añádase á esto que los muebles rotos por Mr. Van-Eyckens, no habian sido sustituidos por otros, sino bien ó mal compuestos sin cuidado ni tiempo para disimular sus roturas. Las dos vidrieritas no tenían mas que pedazos de cristales pegoteados con papeles, gracias al celo de Bella. Ninguna silla conservaba su primitiva forma y las colgaduras, llenas de costurones, no ofrecían gracia ninguna en sus pliegues. La péndola inmóvil habia cesado de marcar la hora; y el polvo por complemento, á pesar de la vigilancia y el sentimiento de la flamenca criada, se enseñoreaba de unos sitios, de los que tanto tiempo habia estado desterrado. De nada se ocupaba madama Van-Eyckens, todo lo que pasaba á su alrededor la era indiferente y no podía ni aun tratar de dar alguna orden sin que sus esfuerzos fuesen espiados por atroces dolores. Por consiguiente Bella era la que arreglaba toda la casa; en su aflicción y convencimiento íntimo de incapacidad para subvenir á las exigencias difíciles de su posición recurrió á sus vecinas contándoles sus penas y pidiéndoles consejos. Respondieron aquellas á su invitación con mil amores y con el genio invasor propio de comadres se mezclaron de rondon en los asuntos de madama Van-Eyckens, comentándolos entre sí y formando de ellos un negocio comun, que resonaba desde lo mas alto hasta lo mas bajo de la casa y hallaba su eco entre los parroquianos de la frutera, del especiero y de la lechera. Aquella pobreza tan digna y tan noblemente su-

frida hasta entonces degeneró en una miseria que pisoteaban aquellas gentes, queriendo cohonestar su curiosidad bajo el nombre de compasión. La pobre Bella á todos les ponía buena cara y no ejecutaba la cosa mas insignificante sino despues de oído el parecer del concilio. Llegó á veces á permitir que estos mosquitos fastidiosos penetraran hasta la misma alcoba de su ama, á quien mortificaban ofreciéndola sus servicios, disertando sobre sus padecimientos y haciendo observaciones y correcciones á lo que habia prescrito el médico. Paulina abatida, sin valor y sin fuerzas, sufría en silencio su molesto y grosero interés y ni aun manifestaba á Bella la impertinencia de estas visitas y lo mucho que la consumían y fatigaban.

El doctor Destrées visitaba con frecuencia á madama Van-Eyckens; y habia cuidado de colocar á Adriano en un colegio inmediato. Generalmente la comparsa ridícula de Bella se disolvía al punto que los pasos del doctor se oían por la escalera; porque anunciaban la llegada de un enemigo declarado de estas reuniones. Reñía á la flamenca, enviaba á los ociosos enhoramala y manifestaba el mayor interés por la enferma, á pesar de la poca esperanza que tenía de librar á Paulina de la enfermedad que la aquejaba. Nada puede la ciencia en las afecciones nerviosas, y solo atiende á los síntomas que amenazan peligro sin cuidarse de los dolores que sufre el paciente. Mr. Destrées animaba á Paulina, prescribía medicamentos costosos de cuya eficacia sin embargo no esperaba ningun resultado, y se retiraba esperando su curación ó de la casualidad, ó mas bien del tiempo, que debilita las causas morales, por medio del olvido y la costumbre.

Los vecinos se dispersaban á la llegada del doctor; pero volvían á reunirse luego que este se retiraba, impacientes por saber lo que habia dicho, lo que habia mandado y las esperanzas que tenía. Bella refería prolijamente hasta los menores detalles, oía los comentarios que sucedían á su relación, seguía con la mayor credulidad los consejos que le daban, y modificaba á gusto de su auditorio las prescripciones del médico. Esta buena muger desde que no era dirigida por su señora parecia á un esclente reloj entregado á los muchachos, que menean las manecillas á su antojo; nada hay en él de exactitud é induce á error á todos los que le consultan.

Con bastante frecuencia un viejo de pequeña estatura, llamado Mr. Mussautl, á quien su fortuna daba gran importancia en la casa, que era suya, dejaba por ociosidad su segundo piso y acudía á tomar parte en las conversaciones que tenían lugar en el piso cuarto. Hablaba poco, aunque sus palabras eran escuchadas con la deferencia que causan diez mil libras de renta de un procurador en chinelas en su auditorio de meseta de escalera. Con sus gafas sobre la nariz, la cabeza cubierta con un gorro bordado y las manos metidas en los bolsillos de atras de su redingot, escuchaba en silencio las disertaciones de la asamblea. Era difícil conocer si este hombre gozaba en aquellas asquerosas reuniones del placer indiferente de un necio ó de la burla fina de un hombre inteligente. Sea de esto lo que quiera el resultado fué que concluyó por relacionarse con madama Van-Eyckens é introducirse cerca de ella mas estrechamente que los demas. Pasaba horas enteras sentado á la cabecera de la cama de Paulina, sin abrir la

boca mas que para dejar oír de cuando en cuando algunas palabras insignificantes, tomaba con frecuencia un polvo y se retiraba cuando llegaba la hora en que comía.

El trato de este hombre, que era el mas conforme con la educacion de Paulina, llegó á ser casi necesario á la enferma en el estado de postracion y abandono en que se hallaba; se le figuraba hallarse menos triste cuando Mr. Mussault se sentaba á su lado refiriendo sus vulgares noticias del tiempo, de la lluvia y de la carestía del pan.

Un dia al hacer la visita á su vecina (según decia él) observó una agitacion inusitada en el cuarto de Paulina. Estaba sentada con trabajo en su lecho, recorria con la vista el libro del gasto diario colocado sobre la cama,



apretándose las sienes con las dos manos: Bella estaba inmóvil delante de su señora en actitud de temor y arrepentimiento.

Quince dias habian pasado en los que Bella no pudiendo sufragar los gastos se habia visto precisada á empeñar sus propios vestidos en el Monte de Piedad, pero habiéndose concluido todos sus recursos no tuvo otro remedio sino confesárselo todo á su ama. Este golpe repentino y terrible sacó á Paulina de su apatía y casi la hizo recobrar la salud. Al aspecto del hambre y de la miseria, su enfermedad desapareció; el dolor mas grave eclipsa siempre á otro menor.

—Qué he de hacer? ¡Dios mío! ¿qué vá á ser de nosotros? exclamaba llena de angustia cuando Mr. Mussault entró.

Este comprendió al momento cual era el motivo de la agitacion de Paulina. Su primera idea fué arrepentirse de haber entrado á tan mal tiempo; hizo un movimiento para salirse otra vez, pero un sentimiento generoso, bastante extraño en su corazón de comerciante, le hizo pasar y sentarse en su sitio acostumbrado. No pudo menos de enternecerse á la vista de la silenciosa desesperacion de Bella y del estado de madama Van-Eyckens. Apenas le quedaban á esta desgraciada algunos rasgos de su anterior belleza; debilitada por sus profundos padecimientos, pálida, flaca, el cabello en desorden, parecia una fantasma al verla en una habita-

cion sombría, que no recibía mas luz, sino un rayo débil del sol que penetraba por una claraboya.

—¡Nada, absolutamente, nada! ¡ningun recurso nos queda! continuaba Paulina sin advertir la presencia de un extraño.

Mr. Mussault hizo resonar una tosecilla seca para anunciar que se hallaba allí.

—No temais caballero, le dijo ella con amargura, al momento vamos á desocupar el cuarto. Lo mismo es morir al instante que morir mañana.

—Calmáos, vecina, respondió Mr. Mussault embarazado; yo no vengo á agravar vuestra pena; todo lo contrario; habitad aqui todo el tiempo que querais; soy bastante rico, á Dios gracias, para poder pasar sin un alquiler de 200 francos.

Paulina le alargó la mano.

—Perdonadme, le dijo; pero si supierais cuanto sufro! ¡Dios mío! ¡qué felices son los muertos!

—Esas palabras no deben decirse, interrumpió Mr. Mussault con mas emoción que la que queria manifestar. La desesperacion no conduce á nada. Muchas veces me he visto yo tambien en situaciones tan apuradas como la vuestra y sin embargo vedme aqui feliz y en una posicion tranquila y segura. Si quereis seguir mis consejos, me siento dispuesto á hacer por vos lo que no haria por nadie.

—Los seguiré, los seguiré sin vacilar.

—Pues bien; permitid que os hable con franqueza: es menester salir del anonadamiento en que os hallais desde la muerte de vuestro marido. Para esto no se necesita mas que energia; vos misma lo espermentais, puesto que la sensacion violenta que acabais de sufrir os ha sacado de vuestro letargo. Sois madre, teneis un hijo; pensad que este necesita de vos. Por consiguiente, es preciso curarse pronto, y la desgracia según habeis visto, lejos de impedir, ayuda vuestra curacion. Por lo tanto, necesitamos buscar un medio, una colocacion para subvenir á los gastos indispensables para la educacion de vuestro hijo. Aunque estuviérais bordando y cosiendo de dia y de noche, jamás podríais ganar lo bastante. Por consiguiente, ¡qué diablos! armaos de valor, por ahora os permitiré que no penseis sino en distraeros, pero después podeis reflexionar sobre lo que os voy á proponer. Sois joven; algunas semanas de salud bastarán para volver todo su brillo á vuestra belleza; habeis ademas recibido una educacion esmerada, que os pone en estado de cumplir facilmente los deberes sencillísimos de la profesion á que os destino. Consentid, pues, en que os coloque como *dama de mostrador* en un café del Palais Royal.

Madama Van-Eyckens escuchaba á Mr. Mussault, con los ojos fijos en él y con la ansiedad de la incertidumbre. Cuando concluyó este la frase, ella no pudo ocultar un gesto de desden y negacion.

—¡Oh! bien sé, que para una muger, rica hace muy poco y que ocupaba un rango distinguido en la sociedad, bien sé que para una persona acostumbrada á una vida retirada y modesta es un recurso penoso y estremo; pero no teneis mucho que elegir. Es preciso optar entre la miseria y la situacion en que esta os coloca. Un hijo mío es propietario del café en el que yo adquirí mi fortuna. Una enfermedad grave obliga á su muger á dejar el mostrador que hacia su felicidad y su orgullo. Ocupad vos su lugar. En ninguna parte sereis tratada con mas respeto y consideracion. Mi hijo es un muchacho de buen genio, y que no dejará de recompensar los servicios que le presteis, y así me parece que vuestro ajuste en su casa es un negocio excelente para las dos partes contratantes. El primer año recibireis mil francos de honorarios; los gastos de vuestros trages y tocador son por cuenta del establecimiento. A Dios á Dios, no quiero que me contesteis ahora ni una sola palabra. Reflexionadlo bien

antes de rehusar; mañana vendré á saber la respuesta. Y se deslizó fuera del aposento, haciendo seña á Bella de que le siguiera.

—Tomad, dijo á la criada, he aquí cien francos para subvenir á las necesidades mas urgentes de vuestra ama. Es un adelanto que le hago sobre su contrata.

Mientras que Mr. Mussault volvía á su habitacion contento é irritado á la vez consigo mismo por el interés que habia manifestado á su vecina, esta considerando á sus solas la proposicion del viejo, no necesitó mucho tiempo para mirarla con disgusto y terror. Apesar de sus esfuerzos para juzgarla con menos aversion, sus principios de pudor y de modestia rechazaban la idea de convertirse en un verdadero objeto de exhibicion y de curiosidad pública. Esponerse en un mostrador á las miradas groseras de todos los descarados que llenan los cafés, sufrir sus chocarrerías, esforzarse por captar su benevolencia, le parecia una especie de prostitucion. ¡Qué! seria preciso engalanarse para desempeñar este oficio, sonreír como una actriz y encontrarse tal vez en presencia de los mismos que antes la conocieran en una posicion bien diferente? ¡oh! nunca, nunca, mas bien la muerte.

Pero y su hijo! ¡su hijo que no tiene otro apoyo, otra ternura en el mundo mas que á su madre! ¡su hijo, á quien destina á la desgracia y miseria! ¡su hijo que se hallará arrojado á la vida, abandonado, perdido y sin que su educacion pueda servirle para hacer frente á la adversidad! ¿Qué importa ante tales deberes, qué importa el mundo y todos los vanos escrúpulos? ¿Será ella acaso menos pura ante Dios y su conciencia? Dudar solamente es una debilidad, una falta imperdonable. Debe sufrir valerosamente las pruebas que la Providencia le envía. Si; todo lo sufrirá, á todo se resignará por su hijo. Abrazando á este adquirirá la necesaria energia; cuando le falte el valor, ella lo hallará en los brazos de su hijo.

Mientras estaba entregada á estas ideas, llegó el médico y quedó sorprendido de la crisis acaecida en la enfermedad.

Paulina le contó todo; su posicion, sus apuros, las ofertas de Mr. Mussault y su resolucion de aceptarlas á pesar de su invencible repugnancia. Mr. Destrées admiró á esta muger y la animó aprobando su determinacion.

—Todos vuestros amigos participarán de vuestros sentimientos, no lo dudeis señora, y os lo aprobarán manifestandoos mas respeto y veneracion aun que antes. Venid á pasar algunos dias en el campo, con mi muger en una quinta mia. La amistad de una persona tan digna de cariño como vos no puede menos de ser muy envidiada y apetecida por ella y por mí; llevaremos á vuestro hijo; el aire puro os hará mucho bien á los dos. Ea, dadme la mano; es negocio concluido, ¿no es verdad? Vamos, vestios; entretanto bajaré á la habitacion de Mr. Mussault á decirle que aceptais sus ofertas y á prevenirle que dentro de quince dias tomareis posesion del destino que os propone. En seguida iré á buscar á vuestro hijo al colegio. Mi carruaje está á la puerta y esta misma tarde partiremos á mi chocita de Saint-Maur.

Madama Van-Eyckens se vistió admirada de encontrarse con una fuerza que no creía tener. Subió al carruaje y le sorprendió agradablemente el ver que los vaivenes del coche no la causaban la mas mínima sensacion, cuando poco antes el menor movimiento la hacia experimentar dolores agudísimos.

II.

EL TRONO DE NAPOLEON.

Si las enfermedades materializan al alma, la convalecencia espiritualiza el cuerpo. Embotados y entumeci-

dos los sentidos por el dolor se ensanchan cuando recobramos la salud y se prestan á una ventura inefable y á una pureza virginal, por que las pasiones terrestres no los han manchado en mucho tiempo. Nos sentimos felices como si renaciéramos y queremos disfrutar de la vida; se nos ha pegado algo de los perfumes misteriosos del cielo, que casi hemos tocado al hallarnos próximos á la muerte. Todo es alegría; todo causa felicidad. El cielo azul con sus blancas nubes, el pájaro que canta, el aire que se respira, las flores que extasian, las frutas que refrescan los labios, todo contribuye á hacernos olvidar los recuerdos dolorosos. De nada nos acordamos, no formamos proyecto alguno, para nosotros no existe pasado ni futuro, no tenemos mas que una idea, no experimentamos mas que una sensacion á la que apenas pueden resistir nuestras facultades, esta sensacion es ¡Yo existo!

Paulina, á quien hacia tanto tiempo que la mano de hierro de una enfermedad sin nombre hacia arder su cabeza y desgarraba su cerebro con horribles uñas, Paulina, que ahora sentía su frente libre y ligera; que podia contemplar la claridad del dia sin dolor; Paulina que habia permutado la obscura cautividad de su reducida habitacion por la luminosa libertad de los campos; Paulina, vuelta á la salud, á su inteligencia, á sus afecciones, no sabia ni podia hacer mas que alabar á Dios, abrazar á su hijo, y estrechar con reconocimiento las manos de los amigos que la rodeaban y que le prodigaban á su vez mil cuidados tiernos y cariñosos. Habia encontrado en Madama Destrées á una amiga sencilla y afectuosa que preparada por la relacion del doctor, amaba ya á la jóven, cuyas desgracias y valor la eran conocidas. En la primera semana de su estancia en Saint-Maur, volvió á tomar su brillo la belleza de Paulina; á la livida palidez que la desfiguraba sucedió un suave sonrosado y un semblante animado que añade tantos encantos á una fisonomia pura y angelical; su sonrisa recobró su dulce tranquilidad y en sus grandes ojos negros no quedó el menor rastro de aquellas sombras calenturiantas que les habia impreso la enfermedad.



Todos los dias, Paulina despertada temprano por la muger del doctor, se cubria apresuradamente con una bata y bajaba con Adriano para dar un largo paseo, bajo la direccion de su nueva amiga, ya por el bosque de Vincennes, ya por las orillas deliciosas y pintores-

cas del Marne. El niño iba delante de ella y se detenía á cada paso volviéndose para mirar á su madre, que se creía feliz y sentía un estremecimiento de una dicha sublime á cada mirada de su hijo. Si éste cogía una mariposa, al momento la llevaba á su madre, quien la dejaba en libertad; si cortaba una florera con el objeto de que Paulina adornase con ella sus cabellos ó la colocara en su cintura. Unas veces el niño se paraba con el oído en acecho y los ojos animados, haciendo seña á su madre y á la compañera de ésta con una mano, para que no diera un paso mas y con la otra estendida sobre un arbusto, espía la ocasion de apoderarse de algun pajarillo, que estaba en el nido; pero un movimiento del pequeño cazador avisaba de su peligro á la avecilla, que volaba despidiéndose de su perseguidor con un chirrido burlon. Otras veces era una lagartija á quien perseguía, ó bien algun insecto de estos, que reflejaba en su piel los colores de la esmeralda, del zafiro, del rubí y de los tesoros escondidos en las minas de la tierra. Su madre no se cansaba de verle correr, con el cabello esparcido al aire, de flor en flor como una abeja. El orgullo y alegría maternales le embriagaban con sus deliciosos transportes y á cada momento Adriano, llamado por su madre, tenía que acudir á prestar sus rosadas mejillas y su blanca frente á los ardientes besos de Paulina.

Así se pasaron quince dias, quince dias sin ninguna idea penosa, quince dias sin un recuerdo hácia lo pasado ni una mirada hácia lo futuro, quince dias de olvido, de felicidad, de éxtasis al que ayudaba tambien la naturaleza por su parte; porque durante la noche bañaba la tierra con una lluvia saludable que daba frescura á la mañana y templaba los ardores del medio dia. Al concluirse estos quince dias, al volver Paulina con Adriano y madama Destrées de un paseo mas agradable aun que los demas, se encontró con dos modistas que la esperaban con una carta de Mr. Mussault para ella. He aquí lo que decia esta carta:

«Os envío, mi querida señora, algunas ropas, entre las que desea mi hijo que elijais para que las costureras puedan despachar vuestro vestido para pasado mañana 14 de junio, que es el dia convenido como sabeis para tomar posesion de vuestro nuevo destino. Vuestro atento servidor.

Mussault.»

Toda la alegría y felicidad de Paulina huyeron con la lectura de esta carta. Cayó repentinamente desde un mundo ideal á la triste realidad; de la dicha á los padecimientos. Ella recordó lo pasado y sintió lo futuro.

—Venid señoritas, dijo á las modistas con un suspiro; y las llevó á su habitacion. Abrieron estas los paquetes que traian y que contenian seis trages de las telas mas caras y brillantes. Todos los vestidos eran escotados y de manga corta.

—O ésto es resultado de una equivocacion, dijo Paulina, ó la amistad de Mr. Mussault hacia mi le ha alucinado. Yo no estoy en posicion de adornarme con trages de gran gala, que no pueden servir sino para bailes ó tertulias. Por otra parte llevo luto por mi esposo y no pienso dejarlo en dos años segun el uso del pais en que he nacido.

Las costureras se echaron mutuamente una mirada importuna de sorpresa.

—La señora, dijo una de ellas reprimiendo una sonrisa, la señora podrá llevar el luto fuera del mostrador pero Mr. Mussault no creo que piense tener en su café una dama en negligé y vestida de luto.

—Esto haria gran contraste con el sillón que os han destinado.

—¿Qué tiene de particular ese sillón? preguntó Paulina asustada de lo que oía.

TOMO II

—Ahí es nada! Es el trono de Napoleon Bonaparte, que Mr. Mussault acaba de comprar á peso de oro.

Paulina sintió que le flaqueaban las piernas y que estaba proxima á desmayarse, ¡que suerte la esperaba! profanar su persona, convertirse en una muestra, esponerse á la curiosidad insultante y estúpida del populacho. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y hondos suspiros brotaron de sus labios. Madama Destrées acudió con Adriano, que se precipitó en los brazos de su madre, inquieto y alligido por el dolor que esta manifestaba.

Paulina se levantó bruscamente dió gracias á madama Destrées con una mirada espresiva y enjugando sus lágrimas dijo.

—Es preciso perdonarme un momento de debilidad, es un acceso pasagero de la crisis nerviosa que tanto me ha hecho sufrir.

Con una fria desesperacion y una insensibilidad aparente se puso á probarse detenidamente los trages enviados por Mr. Mussault; dejó á las modistas que hicieran lo que quisieran y no volvió á demostrar el menor indicio de lo que padecía en su interior.

En seguida entregó su contestacion para Mr. Mussault á las costureras. En ella le decia que conforme á los deseos que le manifestaba, estaria á su disposicion el dia convenido.

La noche última que pasó con madama Destrées fué muy triste. Hablaron de cosas indiferentes, mientras la una tenia la muerte en lo hondo del corazón y la otra se sentia profundamente conmovida por su desgraciada compañera. Despues de una noche que con sorpresa de Paulina, no la pasó en vela, fué á despedirse de la mujer del doctor. Esta queria acompañarla á París.

—Muy conveniente me seria vuestra presencia dijo madama Van-Eyckens, pero seria esponeros á inútiles emociones. Mejor quiero arrojarme de una vez en medio de mi nueva existencia, que tener que sufrir de nuevo el dolor de la separacion. Quedaos aquí y con vos quedese de una vez toda mi felicidad. Acaso me será permitido venir á encontrarla, aunque no sea sino á largos intervalos.

Abrazó tiernamente á madama Destrées, tomó á Adriano de la mano y subió al carruaje, en el que la esperaba ya el doctor. Cuando dejó de ver las despedidas que le hacia desde lejos con el pañuelo, madama Destrées enjugó una lágrima, la última que debía derramar en esta difícil prueba y repitió para si las palabras de Jesus en el monte de las Olivas:

—«Hágase tu voluntad».

Luego que llegó á París madama Van-Eyckens condujo á su hijo á un colegio que el doctor la recomendó. Dirigió al niño una corta exortacion animándole al trabajo, le abrazó despues de cortarle un rizo, que colocó en su seno, se separó de Mr. Destrées á quien apretó la mano en silencio, subió en un fiacre y se hizo conducir á la calle de Valois, adonde Mr. Mussault la habia citado. El viejo la esperaba en un cuarto de un piso tercero. Los muebles rotos de Paulina habian sido recompuestos, y por una consideracion delicada, que Bella habia sugerido al cafetero, se le habia dado á la habitacion el aspecto y disposicion de la morada de la calle de los Mártires.

—Tomad posesion de vuestra nueva casa, dijo Mr. Mussault; mañana á las dos mi nuera vendrá á presidir vuestro tocador; á las cuatro os conduciré al mostrador.

Añadió algunas advertencias sobre el modo de llevar las cuentas del café y esplicó á Paulina, con mas tacto y delicadeza que prometia, las reglas para la conducta que habia de seguir un joven con sus patronos y los parroquianos del establecimiento; concluyendo con algunas espresiones afectuosas que hacian tras-

lucir un verdadero interés por la desgraciada viuda.

—Yo iré todos los días, le dijo, todos los días que no haga muy mal tiempo á saber noticias de vuestro hijo; será una costumbre provechosa para mí por que me hará pasear y agradable para vos. Ea á Dios, mañana yo estaré allí para acompañaros en vuestra presentación ó llámese primera salida.

—Si, mi primera salida, suspiró Paulina, porque heme de aquí en adelante en un teatro reducida al último rango de la escala de actrices... solamente! ay de mí! que no tendré ni el talento ni la gloria por recompensa.... ¡Adriano! Adriano! exclamó angustiada; no quiero tener en medio de las pruebas que me esperan mas que un solo pensamiento, tú, hijo mío.

El día siguiente á las dos en punto, la nuera de Mr. Mussault se presentó en casa de la nueva dama de mostrador; venia acompañada de un peluquero, cuyas operaciones queria presidir ella misma. El peluquero empezó á batir los hermosos cabellos de Paulina y á formar con ellos un rodete muy alto, que guardaba muy poca armonia con la fisonomia sentimental y noble de madama Van-Eyckens. Por grande que fuera la abnegacion que habia hecho de si misma, á vista de estos preparativos ridiculos el instinto de muger se hizo sentir en ella y arriesgó hacer algunas observaciones; madama Mussault cortó por medio, alegando que ella era la única autoridad en semejante materia, que el artista seguia sus instrucciones y que era necesario que las cosas marchasen por su órden. No habia que responder á una explicacion tan esplicita hecha con una voz vibrante y por una muger pequeña, rechoncha, colorada y carilluda. Paulina se resignó y dejó que hicieran de su pelo lo que quisieran.

Despues que se hubo vestido un traje de terciopelo carmesí, que dejaba desnudos sus brazos dignos de la mejor estatua antigua y sus hombros, que Cánova hubiera deseado para su Hebea, madama Flora Mussault sacó de un gran estuche que habia traído consigo un collar de mucho valor, pero de una hechura antigua y no titubeó en cargar con esta pesada cadena de diamantes las delicadas formas del cuello de Paulina; rodeó á las finísimas muñecas de esta con brazaletes gigantescos y paseando una mirada triunfante sobre el todo del tocado:

—Estáis encantadora de esta manera, dijo:

No pudo menos Paulina de echar una mirada sobre el espejo colocado enfrente de ella, y al verse vestida de un modo tan recargado, tan comun y con tan poco gusto se sintió humillada y confusa. La idea de su hijo reprimió este movimiento al mismo momento. Y para no pensar mas en ello dijo á Bella:

—Dame mi capa.

—¡La capa! exclamó madama Flora Mussault ¿y para qué? para chafar los encages y descomponeros el peinado?

—Pero yo no puedo atravesar la calle de esta manera.

Pues bien he podido yo hacerlo por espacio de 15 años, repuso con acritud la ex-cafetera que no habia abdicado sin sentimiento su mostrador en favor de Paulina.

Paulina sin tratar de hacer nuevas objeciones, bajó la escalera y atravesó la calle con el rostro encendido de vergüenza; entró en el café, donde la esperaban Mrs. Mussault padre é hijo. El viejo la tomó por la mano y la condujo al mostrador.

Estaba colocado éste en medio del café, de modo que se veia desde la galeria exterior; sin que se distinguieran tan claramente desde allí las facciones de la que lo ocupaba. Era una especie de mesa dorada descubierta por debajo para que se pudieran admirar los detalles mas pequeños del sitio sembrado de abejas y esmaltado

de de águilas que las modistas habian ya anunciado á Paulina. Todo estaba dispuesto para dar mayor realce á la dama de mostrador y hacer resaltar mas su belleza. Un taburete de raso negro debia sostener sus menudos piecitos calzados con fina media de seda y pulido zapato de raso blanco primorosamente atacado con delgadísimas cintas. Su esbelto talle se veia reproducido por millares de espejos que la rodeaban por todos lados reflejando su imagen en cien aspectos diferentes. Apenas se sentó y se vió representada en todas sus fases, por decirlo así, un vértigo se apoderó de su razon.

Creia hallarse en medio de las fantásticas alucinaciones de una pesadilla. No sabia como sustraerse á los millares de miradas fijasen en ella de los que estaban dentro y fuera del café, porque ademas de estar este lleno, ocupaba la galeria exterior un inmenso gentio, que disputaba tumultuosamente sobre quien se habia de acercar á las ventanas, madama Van-Eyckens no podia comprender por que todo París se habia dado cita para aquel día, la infeliz no sabia que en todos los periódicos se anunciaba hacia ocho dias la exhibicion del trono imperial y la esposicion de una dama de mostrador de una belleza sin rival.

Enmedio de este tumulto, de esta agitacion, de esta griteria, Paulina se ocupaba maquinalmente de sus deberes de tenedora de libros apelando á este recurso como un asilo contra la indiscreta curiosidad de las gentes y contra su propia confusion. Vigilada por el viejo Mussault, que se mantenía detras de ella gozando de su triunfo, no cometió la mas ligera equivocacion. Cerca ya de la una de la mañana fatigada y sin fuerzas vió empezar á retirarse el gentio, gracias á los agentes de policia; y que esta noche eterna tocaba al fin á su término. Mussault hijo se acercó á Paulina con un papel sellado en la mano.

—Hemos convenido, señora, le dijo con una sonrisa que queria aparentar benevolencia, hemos convenido en que á pesar de ser nuestro ajuste por mil y doscientos francos al año, no obstante, si quereis firmar esta obligacion por tres años, en ella os señalamos el doble de lo convenido.

—Dos mil cuatrocientos francos no es bastante, interrumpió el viejo Mussault; esta señora te los ha hecho ganar en sola esta noche. Tu le asignarás 4000 francos de honorarios y yo te garantizo que se comprometerá por cinco años.

Tomó el contrato de manos de su hijo y él mismo escribió las correcciones, que habia exigido, haciendo firmar dos ejemplares á Paulina y al cafetero, y dando á cada uno el suyo acompañó á su casa á Paulina. Mientras que ésta aturdida por las estravagancias de aquella noche, en que habia hecho el papel de heroína se dessembarazaba apresuradamente de todos sus adornos y daba gracias á Dios del valor que le habia concedido en aquella prueba y de la fortuna que deparaba á Adriano, los dos Mussault se felicitaban entre si.

—¡Seis mil francos de ingresos! decia el hijo.

—¡Y tu vés á proponer cien luises á esa muger para hacerla dudar! Si ella te hubiera pedido 6000 francos tu debias apresurarte á acceder. No lo dudes, ella vá á traerte la suerte y la fortuna para tu establecimiento. Que dure esto siquiera dos años y hétenos ya ricos para siempre.

III.

LA DAMA DE MOSTRADOR.

Al día siguiente no se hablaba en París mas que de la hermosa botillera. La perfeccion admirable de sus facciones, el brillo de sus miradas, la riqueza de su cabellera, la forma angelical de su mano, la fabulosa pe-

queñez de su piececito chino y la gallardía de su talle lleno de gracia y elegancia escitaban un entusiasmo general que rayaba en admiración y frenesí. Así era que desde por la mañana temprano un gentío inmenso asaltaba las inmediaciones del Palacio Real é invadía el café, contándose por dichoso el que podía hallar un asiento. Por la parte de afuera era innumerable el concurso formando una procesion como sucede en los teatros los días que se ejecuta una funcion brillante. La autoridad tuvo que mandar gendarmes para mantener el orden y todas las calles vecinas rebosaban de coches y caballos.

Cuando Paulina, á cosa de las cuatro, fué á tomar su asiento al mostrador, numerosos aplausos estallaron por todas partes prolongándose por espacio de media hora. Apareció mas hermosa que la víspera, porque esta vez, ella sola habia presidido á su tocador y se habia librado de las ridiculeces y vulgaridades de madama Flora Mussault. Jamás se han visto transportes semejantes, y fueron tales las voces de los que desde la galeria exterior, pedian que se les dejara ver á la dama de mostrador, que Paulina tuvo que levantarse y acercarse á las ventanas de la galeria. Aquello era un verdadero delirio. Un victoreo unánime se levantó; palmoteos estrepitosos, gritos de «viva la hermosa botillera» y una lluvia de flores cayó sobre Paulina. Los periódicos del siguiente día hablando de este suceso la comparaban á la bella Paulina de Tolosa, que por un decreto de los capitulares estaba obligada á mostrarse al pueblo desde el balcon de las casas consistoriales dos veces al dia.

El éxito de la hermosa botillera no paró en esto solamente; los teatros de vaudeville se apoderaron de esta aventura y la pusieron en escena de mil modos distintos. Las ofertas mas estravagantes fueron hechas á madama Van-Eyckens. Muchos directores y empresarios de teatros le propusieron contratas ventajosísimas si consentía en dejarse ver solamente en una pieza de circunstancias. Un botillero quiso darle 25 mil francos al año con tal de que fuera á ocupar su mostrador y dejara el café de Mr. Mussault; él se encargaba ademas de hacer romper la escritura que comprometia á Paulina con este último. Ella se negó á todo, declarando que aun cuando no hubiera firmado una obligacion legal, no por eso se consideraria menos empeñada por sola su palabra con Mr. Mussault. Al momento corrieron de boca en boca estas circunstancias honorificas y semejante conducta aumentó el interés que inspiraba esta jóven, que reunia á una belleza de *hourí* sentimientos de heroína. Un nuevo vaudeville unido á los periódicos contribuyó á popularizar estos actos de lealtad y desinterés. Mr. Mussault, cuya fortuna se aumentaba rápidamente, aumentó la asignacion de Paulina á doce mil francos y una parte en las utilidades del establecimiento.

La posicion de Paulina era, sí, feliz, á lo menos agradable; ademas cada dia se disminuía una de las penalidades de su situacion. En lugar de los trages escotados y propios de baile con que al principio se la habia revestido, ella habia adoptado un vestido negro, que elegante al mismo tiempo que sencillo hermanaba perfectamente con su fisonomia pura y melancólica. Las señoras no tardaron en conocer, que un gusto esquisito presidía en el tocado y prendido de la hermosa botillera y al momento adoptaron muchas de las innovaciones que Paulina habia sido la primera en presentar. Una de estas fué la substitution de los talles largos á los cortos y desgraciados que entonces se usaban, y tambien dió la forma á los brazaletes que se llamaron *brazaletes á la hermosa botillera* y hasta los mercaderes bautizaron sus telas con este nombre.

Preciso es confesar que Paulina, encontraba un placer en la popularidad que convertia en un personaje célebre á una pobre muger moribunda poco antes, llena de miseria y abandonada. Pero ¡con qué alegría renunciaba

á este placer cada 15 dias, para ir á pasar uno de libertad con su amiga la muger del doctor, que ya habia vuelto á París! ¡Cuán feliz se sentia entre sus dos amigos, con su hijo sobre las rodillas sin hallarse sitiada por la muchedumbre y el tumulto! Ademas, casi todas las mañanas iba furtivamente al colejo de Adriano, le abrazaba y se enajenaba al saber que trabajaba con fervor y que sus progresos sobrepujaban á los de sus camaradas. Adriano era el retrato de su madre, una copia de su hermosura y hasta su caracter tenia la noble altivez y energia de madama Van-Eyckens. Podia, pues, ya esta dirigir sin inquietud y aun con esperanza sus miradas hacia lo futuro; ella colocaba á réditos con una economía avara casi todos sus honorarios y no separaba de ellos sino la suma necesaria para pagar al colejo de Adriano. Su habitacion y alimentos no le costaban nada y por último habia colocado en el café á Bella con buen salario. Calculaba con alegría que los cinco años de mostrador en el Palacio Real le valdrian 50 mil francos lo menos, los que añadidos á los intereses que estos mismos le iban devengando podrian hacer una renta de tres mil libras. A esto debian añadirse los numerosos y ricos regalos que el propietario del café le hacia en algunas épocas y la parte de utilidades, que podria valuarse en mil escudos anuales. Por consiguiente Adriano no se veria espuesto á la miseria y á las penosas pruebas que ella habia sufrido; su hijo no tendria que doblarse bajo las humillaciones de la necesidad. Este pensamiento brillaba sin cesar ante la buena madre. Como los israelitas guiados en el desierto por la columna de llamas, así marchaba ella con la vista fija en este lucero brillante sin echar de ver el cansancio y los inconvenientes del camino, que herian y maltrataban sus pies. Sin embargo muchas veces necesitaba gran valor y abnegacion para no caer en el desaliento. La belleza de Paulina, su posicion de dama de mostrador y la celebridad que se habia adquirido, le atrajeron innumerables estúpidas declaraciones de una turba de adoradores; y aun se tenia por dichosa cuando se contentaban con escribirla y no tomaban á su cargo el manifestarle de viva voz su fervorosa pasion. Una cesta recibia estas declaraciones, que madama Van-Eyckens quemaba todos los dias antes de salir del café. Por lo que toca á las persecuciones verbales, ella las desechaba con una sonrisa fria y desdeñosa. Como algunos de sus *inamorati* la seguian al salir del café cuando volvia á su habitacion, solicitó y obtuvo un entresuelo en el mismo café, que la libertó de este género de persecucion é imposibilitó los planes de los importunos. Hasta la misma calumnia se vió reducida á la impotencia y se estableció por voto general que la hermosa botillera era tan prudente y virtuosa como bella.

Cuatro años transcurrieron así, durante los cuales Paulina se familiarizó completamente con su posicion y concluyó por hacerse indiferente á los homenajes vulgares que la importunaban continuamente.

Un dia, que, sentada al mostrador (de donde habia hecho desaparecer el trono y sustituir un asiento menos teatral) paseaba sus miradas maquinalmente por el recinto del café, vió á un jóven sentado entre varios amigos, que tenia la vista fija descaradamente sobre ella. Parecia que le zumbaban por alguna fanfarronada que acababa de decir y que estaba dispuesto á ejecutar. El jóven llamó á un mozo del café y le pidió recado de escribir; puso algunas palabras sobre un papel y doblándolo sin cerrarlo, mandó al mozo que se lo llevara á la dama del mostrador. Paulina, creyendo que se trataba de pedir alguna bebida desdobló el papel, en que leyó:

«Un chal de cachemira por un beso.»

Era esta la primera vez que insulto tan grosero abusaba de su posicion. Su rostro se encendió de indignacion y arrojó el papel con enfado. El jóven, que habien-

do bebido muchas botellas de champagne tenía caliente la cabeza se levantó de la mesa y se acercó al mostrador para pagar el gasto que había hecho, sacó del bolsillo un puñado de oro y lo arrojó delante de Paulina; esta tomó las monedas que bastaban á pagar el gasto y separó el resto con la mano. El extranjero llamó al mozo y echándole en el delantal las monedas sobrantes le dijo:

—¿No te he dado yo una carta? ¿adonde está la respuesta?

—El mozo sorprendido dirigió la vista á madama Van-Eyckens.

—La contestacion señora, repitió el insolente.



Paulina se sonrió con desprecio y se puso á escribir en su registro aparentando serenidad, pero una lágrima de vergüenza y de cólera brotó de sus ojos y cayó sobre el papel. A vista de este espectáculo el jóven mudó de actitud y modales, hizo una cortesía y salió en silencio.

Al día siguiente fué uno de los primeros que se presentaron en el café, saludó respetuosamente á Paulina y fué á sentarse en un rincón de la sala donde podía ver sin afectacion á la dama de mostrador. Esto mismo lo repitió todos los dias, por espacio de algunas semanas. Al cabo de este tiempo Paulina se encontró en su libro de registros una segunda carta concebida en estos términos.

«Mi corazon, mi fortuna, mi vida entera por una mirada.»

Mientras que ella leía, percibió en un espejo las miradas del extranjero fijas en ella, sin que el pudiera sospechar que Paulina le veía. Esta se encojió de hombros y echó el papel sin rasgarlo en un canastillo donde echaba los papeles inútiles.

El jóven ocultó el rostro entre las dos manos y se marchó profundamente afligido.

Algun tiempo despues, de resultados de una comida alegre y tumultuosa, muchos jóvenes guardias de corps rodearon el mostrador é hicieron unas proposiciones tan groseras á la hermosa botillera, que esta trató de escaparse. Uno de ellos hizo ademán de detenerla, pero se encontró con el extranjero que le agarró del brazo y lo sacó del café, Paulina volvió á tomar su asiento en el mostrador; pálida, desesperada y llena de agitacion. Prestó oído, dirigió algunas miradas á lo lejos de la galería, pero ¡cómo había de oír ni ver nada con aquella

muchedumbre fija siempre delante de los cristales con su estúpida é insoportable curiosidad!

Pasó sin dormir toda la noche pensando en el que la había defendido tan valerosamente.

Al día siguiente esperaba con impaciencia el momento en que acostumbraba el extranjero presentarse en el café, pero pasó la noche y él no pareció, ni al otro día, ni al otro, ni en la semana siguiente. Era, pues, indudable que había pagado con una herida peligrosa ó tal vez con la vida su valor en proteger á Paulina.

Dos meses pasaron en esta incertidumbre y angustia; dos meses durante los cuales la idea del extranjero permaneció fija siempre en la imaginacion de Paulina. Una mañana no pudo reprimir un grito de alegría al ver á su defensor entrar en el café y sentarse, como de costumbre, en el sitio que siempre escogía. Conmovida vivamente no trató de disimular su gozo y emocion. El que era el objeto de este movimiento permaneció impassible, pálido, andando con dificultad y apoyándose en un baston. Cuando se levantó para marcharse, Paulina se acercó á él y con una timidez encantadora le dijo:

—Os debo, caballero, un eterno reconocimiento, jamás olvidaré...

—No he hecho mas que cumplir un deber, que cualquiera otro hubiera llenado como yo, contestó él saludándola respetuosamente. En seguida partió.

Al día siguiente volvió á parecer silencioso como siempre, sin dirigir la palabra á la dama de mostrador, contentándose con saludarla al entrar y al salir, como hacian los demas concurrentes.

Una tarde fué el doctor Destrées á ver á Paulina, se sentó á su lado, le habló afectuosamente largo tiempo y le apretó la mano al despedirse. Apenas había pasado del Palacio Real cuando sintió un brazo que se posaba sobre el suyo. Se volvió vivamente y se encontró frente á frente con el extranjero.

—Caballero, le dijo éste quitándose el sombrero, ¿sois amigo de la hermosa botillera?

—Si señor.

—Os suplico que no atribuyais mi conducta, que acaso os parecerá singular en este momento, á un frívolo sentimiento de curiosidad. Tengo motivos poderosos para dirigiros las preguntas que voy á haceros. Os lo juro, á fé de caballero y por la memoria de mi madre, que me escucha desde el cielo.

—Hablad, caballero, replicó el doctor.

—¿El corazon de madama Paulina?, porque yo no la conozco por otro nombre y por el de la hermosa botillera, añadió sonriéndose, ¿el corazon de madama Paulina está libre?

A esta pregunta el doctor miró al extranjero con una indecision mezclada de sorpresa.

—Si, caballero, está libre, dijo al fin, porque si madama Paulina amara á alguien, ya me lo hubiera confiado.

—¿No os ha manifestado nunca que se interesaba por alguna de las personas que acostumbran á ir al café?

—No me ha hablado sino de un jóven que la había defendido una tarde contra unos guardias de corps ébrios; pero este interés era muy natural, porque ella tenía motivos para temer que ese jóven hubiera sido herido en premio de su valor.

—¿Y cuáles son los antecedentes de madama Paulina? continuó el extranjero. Hablad sin temor, sin restriccion, os lo pido por lo mas querido que tengais.

—Sus antecedentes son honrosísimos, caballero; y sin embargo no quisiera entregarlos inconsideradamente á la curiosidad y á la indiscrecion. Pero egerceis no sé que fascinacion sobre mí á la que no puedo resistir y experimento una confianza en vos extraordinaria verdaderamente, mucho mas cuando reflexiono que ni siquiera se vuestro nombre.

—Me llamo Gustavo Mathioesen; pertenezco á una familia distinguida de Dinamarca. Es tío mío el célebre médico de Copenhague, Jacobo Mathioesen.

—Efectivamente ese nombre hace mucho tiempo que lo he sabido y lo repito con respeto y admiración. Escuchadme, pues, y sabreis todo lo que yo sé de la suerte desgraciada de madama Paulina Van-Eyckens.

Entonces le refirió todo; la juventud opulenta y dichosa de Paulina, la ruina de su esposo, el afecto y sacrificios que ella habia manifestado y sufrido por este; sus trabajos, su resignación, su viudez; cuanto habia padecido antes de aceptar el triste empleo de dama de mostrador; y cuanto sufría aun en su posición célebre y humillante á la vez. Al oír la narración del doctor el joven extranjero con las lágrimas en los ojos, vivamente conmovido apretó la mano de aquel y con voz ahogada le dijo:

—Gracias, caballero, os doy mil gracias.

Y desapareció bruscamente confundiendo en la obscuridad.

Mr. Destrées se quedó en medio de la calle, un poco desconcertado de la despedida extraña y de las confianzas que habia hecho á aquel original. Le pareció prudente volver á contar á Paulina todo lo que acababa de suceder.

Con gran sorpresa suya lejos de reñirle y reprenderle su imprudencia, Paulina se le manifestó contenta y le escuchó con la mayor complacencia.

Es menester confesar; porque no somos de estos autores que tratan de disculpar las debilidades de sus heroínas, es preciso que confesemos que la joven no durmió en toda la noche pensando en el interés que el extranjero habia manifestado por ella y esperando con impaciencia el día y sobre todo la hora en que debia presentarse su misterioso amigo en el sitio acostumbrado del café.

Cada vez que se abría la puerta, volvía ella los ojos palpitándola el corazón hácia un espejo que tenia delante, para asegurarse si era el que esperaba, pero inútilmente; el extranjero no pareció en toda la noche ni volvió á presentarse mas en el café.

Los concurrentes observaron desde entonces, sin sospechar la causa, que la hermosa botillera se volvía triste y pensativa y que asomaban á veces en sus párpados encarnados de llorar lágrimas ardientes que ella al momento trataba de ocultar.

CAPITULO ULTIMO.

TODAVIA OTRO TRONO.

Durante los seis meses que se siguieron á la desaparición de Mr. Mathioesen, la tristeza de Paulina, lejos de disminuir se hizo mas profunda. Los concurrentes al café se preguntaban entre si cuales serian los pesares, que así anublaban el rostro de la hermosa botillera y empañaban el brillo de sus grandes ojos negros. Sin embargo nadie sospechaba la verdad; nadie adivinó que Paulina sufría tanto por la ausencia de uno de ellos y que esta ausencia la causaba dudas atroces y cruel desesperación. Tan pronto acusaba de traición á Gustavo tan pronto le echaba en cara amargamente su propia injusticia puesto que él nunca se habia comprometido con ella en lo mas mínimo. Desde el día en que lleno de desprecio, le habia insultado y colmado de humillación habia vuelto acaso á dirigirla la palabra? Sus preguntas á Mr. Destrées no eran mas que un deseo de satisfacer su curiosidad. Habia querido saber el enigma, que habia por tanto tiempo ocupado al público. Luego que lo hu-

bo sabido se habia retirado asomando á sus labios la risa del desprecio por la botillera.

Perseguida por estas ideas, le costaba mucho trabajo el reprimir sus lágrimas y no hacer traición á su dolor; sufría mucho y deseaba morir. Otras veces, desechaba todas estas suposiciones injuriosas y se alarmaba por la suerte de Mr. Mathioesen temiendo que tal vez habria muerto; porque solamente la muerte podia haberle alejado aside la muger que habia protegido contra un insulto, de aquella por por la que se leía en sus ojos tanto afecto y estimación! No era él la única persona entre aquel tropel de curiosos, á quien no era indiferente la suerte de la pobre muger sola y abandonada!

Pasando así de la acusación á la defensa, de los reproches á la inquietud, Paulina vió llegar casi con alegría el término de su contrata con Mr. Mussault y el momento en que podia volverse á una vida retirada y en libertad. El café la era insoportable desde que el dinamarkes no asistía á él y así, no quiso dar oídos á ninguna de las brillantes proposiciones que se le hicieron para prolongar su asociación por otros cinco años, declarando formalmente la intención que tenia de dejar para siempre el mostrador dorado. Desde el día que tomó posesión de él, sus economías dirigidas habilmente por el doctor le habian hecho adquirir una renta de seis mil francos sobre el estado; esto era mas de lo que ella necesitaba para Adrian y parási.

El cafetero despues de haber agotado sus esfuerzos y las promesas mas seductoras, resolvió ya que no podia decidirla á quedarse en el establecimiento, sacar el mejor partido á lo menos de los dos meses que debia permanecer aun en el café. Se fijaron anuncios por todas partes, en los que se decia que la hermosa botillera iba á dejar para siempre el café del Palacio Real. Esto fué un estímulo para que los curiosos fueran á admirar la célebre dama de mostrador. El Palacio Real volvió á llenarse de gente como en los primeros días de la presentación de Paulina, rebotando de concurrentes que se disputaban los asientos y se perdían en conjeturas sobre los motivos de una retirada tan inexplicable, cuando la bella joven nunca habia estado tan hermosa ni tan digna de admiración y contando apenas 28 años.

Una mañana que volvía Paulina segun su costumbre del colegio donde habia ido á abrazar á Adriano, Bella le entregó una carta del Dr. Destrées en que la suplicaba que fuera á comer con su muger, porque tenia que comunicarle noticias importantes. Paulina hacia con el público lo que acostumbran los actores célebres, que no dudan en darle un chasco cuando les viene á pelo. Así Paulina avisó á Mr. Mussault que no contara con ella aquella tarde y le entregó el libro de registros á la muger del cafetero, que agradecía tanto menos este honor, cuanto que siempre le valia los silvidos de la chasqueada muchedumbre.

Madama Van-Eyckens encontró en casa del doctor á un anciano que hacia ocho días que asistía continuamente al café de la hermosa botillera y que parecia complacerse en ocupar el sitio predilecto en otro tiempo de Mr. Mathioesen.

—Querida Paulina, le dijo la excelente muger del doctor, resplandeciendo su rostro de una alegría misteriosa, querida Paulina, te hemos hecho venir para un asunto importantísimo.

El anciano se levantó con gravedad.

—Señora, dijo, yo vengo á pedir vuestra mano.

Paulina se puso encendida á estas palabras impensadas, y se sintió tan turbada que sus labios no pudieron articular ninguna contestación.

—No temais, señora, repuso el anciano sonriéndose, no se trata de mi sino de mi hijo.

Paulina le interrumpió diciendo:

—Caballero, antes de dejaros continuar, antes

que nombreis la persona cuyas intenciones me honran, debo responderos que tengo hecha una firme resolución de no volverme á casar nunca.

—Yo no dejaré por eso de insistir, continuó sonriendo, el anciano. Mi hijo no es rico, no llevará á su muger sino una medianía tan distante de la pobreza como del fausto. Su nombre no deja de tener alguna celebridad y esta celebridad se la debe á sí mismo.

Paulina contestó.

—La persona de que quereis hablarme reunirá, caballero, todas las condiciones que yo me tendria por feliz de encontrar en un marido; pero yo no pienso volver á casarme.

—¿Luego no está libre vuestro corazón? insistió el extranjero.

—¿He de dar cuenta de mis sentimientos secretos? replicó Paulina.

—Tu sacrificas á recuerdos y sueños imaginarios una felicidad real y el porvenir de toda tu vida, exclamó madama Destreës.

—Y por lo mismo sois una muger, que merece el respeto y admiración de todos los que os rodean, interrumpió el anciano. Señora, me avergüenzo del miserable artificio de que me he valido; perdonadme, yo soy el Duque de Mahoesen ¿Rehusareis todavía vuestra mano á mi hijo Gustavo.

Paulina ocultó su rostro cubierto de rubor entre las manos; cuando levantó la cabeza, encontró á sus pies aquel cuya ausencia le habia hecho sufrir tanto.

Un mes despues de esta noche feliz, una silla de posta partió para Dinamarca conduciendo cuatro personas, el Duque, Adriano, Paulina y su esposo. Se detuvieron solamente para tomar algun descanso en algunas ciudades y llegaron rápidamente al castillo del conde en las inmediaciones de Copenhague.

Tenemos en Europa generalmente ideas equivocadas sobre la naturaleza y clima de Dinamarca; se nos figura como una especie de gran carámbano de hielo, tan estéril casi como Spitzberg. Felizmente estas son preocupaciones ridículas, en ninguna parte se encuentran praderas mas ricas y llenas de verdor, sitios mas pintorescos, aguas mas puras y sobre todo bosques mas frondosos. El castillo de Mathioesen, obra del siglo XVII descollaba por su fachada blanca sobre un montecillo sombrío formado de abetos. Entre el castillo y el monte, es decir en el espacio de casi una legua, se extendia un inmenso jardín plantado de árboles de cien años, y un parque poblado todo de caza; últimamente un riachuelo formaba una cascada, cayendo de lo alto de una roca y serpenteando á través del jardín iba á perderse en el mar que se percibia á lo lejos con su horizonte sin limites y su llanura resplandeciente, bajo la luz del sol.

En este retiro delicioso fue donde pasó Paulina el verano rodeada de su esposo, de su hijo y de su suegro. Gracias á este último Adriano habia llegado á ser adivino gine y diestro cazador. Gustavo que manifestaba al jóven la ternura mas viva, se habia constituido su maestro del idioma danés y el discípulo habia hecho progresos tan rápidos, que costaba trabajo conocer su origen extranjero. Cercada por todas partes de ternura y de amor Paulina era tan feliz cuanto cabe en este mundo y daba gracias á Dios diariamente por tanta felicidad.

Sin embargo llegó el invierno con sus montes de nieve, sus noches sin fin y sus profundas soledades, porque en Dinamarca es imposible salir fuera de casa cuando el frío se ensaña con violencia. Paulina se resignó á su reclusión alegremente y recurrió á su piano para ocupar los

pocos ratos que la permitian el afecto y las caricias de los que la rodeaban.

El duque Mathioesen entró una mañana en su habitación y le dijo:

—Mi querida hija, vamos á partir ahora mismo á Copenhague, ¿no querrás tu acompañarnos?

—Vuestros menores deseos son órdenes para mí; bien lo sabeis, padre mio, añadió ella sonriéndose.

Y se levantó para seguirle. Subieron al coche y muy pronto llegaron á un magnífico palacio.

—Esta es una de vuestras posesiones, de que me habia olvidado hablaros, dijo el duque sonriendo á su vez.

Numerosos criados con libreas magníficas iban y venían; una elegante carroza tirada por cuatro caballos fogosos estaba en medio del patio; luego que Paulina llegó á su habitación cinco ó seis doncellas la rodearon esperando sus órdenes. Bella que acompañaba á su señora y que estaba ya en el secreto abrió las puertas de un espacioso salón. La sorpresa de Paulina se cambió en una emoción indefinible al ver llena la galeria de innumerables cuadros flamencos, entre los que descollaban el Vado de Bergheur y el san Jorge de Rubens.

Ella se arrojó bañada en lágrimas en los brazos de su esposo.

—Ahora mi querida Paulina, le dijo este último, es necesario que vayamos á ver los cofres que acaban de llegar de Francia y que traen vestidos y adornos para vos; tenemos que asistir esta noche á un gran baile, á una fiesta brillante.

—Amigo mio, padre mio, dijo Paulina, os suplico que no me obligueis á presentarme en el gran mundo. Ahora lo conozco, vosotros pertenecéis á una ilustre y esclarecida familia, el rango que aquí ocupais es de los mas distinguidos, no me espongaís á oír al rededor mio murmullos y recuerdos, que me harian morir de dolor y vergüenza, no por mí, sino por vosotros. Se sabe ya en Copenhague, estoy cierta de ello que la condesa de Mathioesen ha sido por largo tiempo la hermosa botillera.

—Estad tranquila hija mia, interrumpió el anciano duque, fíaos en mi ternura y pensad en vuestro tocador.

Algunas horas despues, salió Paulina de su cuarto deslumbrando con su hermosura. Acompañada de su marido, de su suegro y de Adriano subió en la carroza de los cuatro caballos. El carruaje paró delante de un pórtico alumbrado por mil bugias; una escalera suntuosa condujo á la jóven hasta un salón inmenso y de una riqueza sin ejemplo, en el que se hallaban una multitud de convidados.

—Un ugiar anunció:

—S. E. el duque de Mathioesen.

—Monseñor el conde de Mathioesen.

—Madama la condesa de Mathioesen.

—El caballero Adriano Van-Eyckens.

Todos cuatro se adelantaron hacia un señor, que se levantó para recibirlos.

—Señora condesa, dijo este, el duque de Mathioesen, vuestro suegro y mi primer ministro me ha referido la historia de vuestro valor y de vuestros trabajos. Mi sancion ha autorizado vuestro casamiento con su hijo, y me tengo por feliz y me causa orgullo el recibir en mi corte á una persona tan digna de la admiración y respeto general. La belleza de vuestro corazón sobrepuja aun á vuestra hermosura sin igual. La reina se contemplará dichosa de admitiros en su intimidad y tener en vos una amiga, que ha dado pruebas de poseer todas las virtudes.

La reina se apresuró á confirmar con los mas afectuosos testimonios, las palabras del rey.

En el día la que fué la hermosa botillera lleva el título de Duquesa de Mathioesen, porque el viejo duque

ha fallecido, y habita en París con su esposo encargado de altas funciones diplomáticas. Se la cita en todas partes por su hermosura, por su talento y por la elegante aristocracia de sus modales.

Cuando su coche lleno de escudos de armas suele pasar cerca del Palacio Real, Paulina estrecha furtivamente la mano á su marido, que le devuelve su tierno apretón.

Muchas veces se ve en el bosque de Boulogne á un joven que monta con gracia en un fogoso bridon. Apenas se separa del carruaje de su madre, de su dichosa madre, que tiene los ojos clavados con ternura sobre este perfecto ginete.

Es Adriano Van-Eyckens.

Tal es la historia de la viznieta de Rubens.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



ARIOSTO.

Ludovico Ariosto abrió sus ojos al mundo por primera vez en Módena, el día 8 de setiembre de 1474; su padre era un noble caballero de la corte de Ferrara que sirvió en su juventud de mayordomo al duque Hércules I, y que desempeñó distintas embajadas en las cortes de Roma y Francia. Ludovico fue el primero de diez hermanos que tuvo, y desde su niñez empezó á mostrar hasta en los mas pueriles juegos de la infancia, su pasión por la poesía y sus brillantes disposiciones; componía tragedias que representaba con sus hermanos, y entre otras hizo la de *Piramo y Tisbe*. Distinguióse extraordinariamente en un colegio de Ferrara donde estudió, y apenas adolescente pronunció para la apertura del curso una elegante alocución que

hizo concebir las mas bellas esperanzas. Su padre le obligó á que emprendiera el estudio de las leyes y le aconteció lo que á todos los hombres y poetas de genio: miraba con aversión la aridez de los libros que tratan de legislación, y se dedicaba sin gusto, sin afición y sin capacidad á una carrera que tanto se oponía á su natural inclinación. Por fin, despues de cinco años consiguió el paternal permiso para entregarse á su favorita pasión, á la poesía. Tenia entonces veinte años, y se dió á conocer por sus bellas composiciones líricas italianas, y latinas, del cardenal Hipólito de Este, hijo del duque Hércules; aficionóse al trato de Ariosto, y como reconoció en él otros talentos especiales á mas del de poeta, le colocó á su lado en calidad de gentil-hombre suyo y

le encomendó diferentes comisiones delicadas; tambien Alfonso hermano de Hipólito y que le habia sucedido en el ducado, continuó dispensándole su proteccion.

En este tiempo fué, y en la corte de Ferrara, cuando Ariosto rodeado de placeres y de distracciones terminó al cabo de diez años su obra inmortal, el *Orlando furioso*. Comenzó la impresion en 1515 y la publicó en 1516; la compuso en cuarenta cantos muy distintos de los que han llegado á nuestra vista; pero era tan superior respecto de lo que hasta entonces se habia publicado en este género, que elevó su reputacion poetica al mas alto grado, eclipsando la de todos sus rivales. Se vió Hipólito en la necesidad de marchar á Hungría donde le llamaban negocios de la mayor importancia; quiso que Ariosto le acompañara, y habiéndose escusado éste con lo débil de su salud, insistiendo en permanecer en la corte, le retiró su gracia el cardenal considerando como ofensiva su resolucion.

Permaneció Ariosto en Ferrara, pero en una situacion bastante lamentable en cuanto á fortuna, y aunque el duque Alfonso le admitió á su servicio y era generoso y desprendido, nunca le recompensó como merecia.

En 1522 le nombró gefe de una parte montuosa y salvaje de sus estados, infestada de salteadores y malhechores, reliquias de las facciones que habian agitado al pais; y Ariosto consiguió en poco tiempo reconciliar los espíritus y atraer los ánimos á la sumision mas completa. Aqui fué donde le ocurrió una aventura con un gefe de bandidos llamado Pacchione, que prueba mejor que todo cuan grande era la estimacion que le profesaban y el afecto que supo grangearse.

Viajando el poeta con otros seis ó siete subalternos suyos que como él iban á caballo, llegaron á un paso peligroso, y habiendo apercibido sentados á la sombra de unos árboles á una partida de hombres armados que les parecieron sospechosos, trataron de desviarse de ellos lo mas aprisa que les fué posible. Cuando se iban alejando, el gefe de la partida detuvo al último que se quedó de los que acompañaban al poeta, y le preguntó quien era su amo. Tan pronto como dijo que Ariosto, corrió Pacchione á saludarle respetuosamente pidiéndole perdon de no haberle hecho honores á su paso, y añadiendo que tenia la mayor satisfaccion en ofrecerle sus servicios y tributarle el mas vivo homenaje de admiracion.

No estaba satisfecho Ariosto con la primera publicacion de su *Orlando*, no obstante el crédito que obtuvo en Italia y las repetidas ediciones que de él se hicieron, y se empleaba sin cesar en corregirlo; hizo distintos viajes para recoger el consejo y la opinion de los hombres mas esclarecidos de su época, y aprovechándose de sus avisos y de sus criticas, lo publicó de nuevo en 1532, adicionado considerablemente, en cuarenta y seis cantos, y tal en fin como se encuentra hoy. Al impropio trabajo que le exigió esta última edicion de su poema, se atribuye la enfermedad que al cabo de ocho meses de padecimientos le ocasionó la muerte á los cincuenta y nueve años de edad, el 6 de junio de 1533; su cuerpo fue sepultado sin pompa ni aparato en la antigua iglesia de San Benito como espresamente dejó ordenado. Durante cuarenta años permanecieron encerradas sus cenizas bajo una humilde losa, donde no se veia otro simbolo de su gloria que los versos latinos é italianos de los poetas que visitaban su tumba. En 1573 un noble ferrares discípulo de Ariosto, hizo erijir á sus expensas en la nueva iglesia de los monges Benedictinos, un sepulcro de mármol, al que trasportó con sus propias manos los restos del gran poeta el dia mismo en que se cumplia el aniversario de su muerte. Cuarenta años despues un nieto suyo hizo construir á su memoria un monumento mas suntuoso que el primero, y en que no se sabe que admirar antes si la hermosura de los mármoles, la belleza de las

estátuas y de las alegorias, ó el buen gusto y elegancia de la arquitectura; las cenizas fueron nuevamente trasportadas á este.

Ariosto era de elevada talla y proporcionadas formas, sus facciones eran regulares, gustaba mucho de pasear á pié y las distracciones de ánimo que padecia, le condujeron muchas veces mas lejos de lo que proyectaba ó tenia de costumbre. Así fué que en una apacible mañana del estío salió de Carpi para hacer un poco de ejercicio y llegó á Ferrara sin advertirlo él mismo, y en traje de ter franco sin que por eso faltara nunca á la mas esquisita urbanidad, pues sus maneras y modales eran distinguidos. Sus biógrafos han convenido todos en que se hallaba dotado de las mas bellas cualidades sociales, no tenia orgullo ni ambicion; leia pocos libros pero eran escogidos, trabajaba poco tiempo seguido, desconfiaba mucho del mérito y valor de sus producciones, corregia sus versos y los estaba corrigiendo siempre, sin cesar. El cultivo de las flores era por decirlo así su mania, cuidaba sus jardines como sus versos, no dejando nunca de sembrar, plantar y trasplantar; apreciaba muchas veces como preciosas las yerbas mas comunes, y las miraba colorarse con una alegría casi infantil; mas aun tenia otro gusto mas pronunciado que era el de variar la disposicion de los aposentos de su casa, é hizo grabar sobreel dintel de la portada este distico latino:

*Parva, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non
Sordida, parva meo sed tamen ære domus.*

«Reducida mansion, pero cómoda é independiente y construida solo á mis expensas.» Este último periodo no es indiferente y prueba lo contrario de lo que han asegurado algunos escritores hablando de Ariosto, pues decian, debia esta casa á las liberalidades del rey Alfonso.

Preguntando un dia á Ariosto como habia hecho construir una casa tan sencilla cuando su imaginacion le habia sugerido en su *Orlando* la descripcion de tantos magníficos palacios, contestó: «Porque es mas fácil encontrar palabras que piedras.» No obstante, un crítico ha dicho respecto de Ariosto, que no era facil en la composicion de sus poesias; que sin cesar las enmendaba y que sus manuscritos conservados en Ferrara estaban casi ininteligibles á fuerza de correcciones. Dice ademas que ningun poeta moderno lo ha igualado en el género fantástico, género en el que la imaginacion encuentra mas recursos de alimentarse que en el de la epopeya exclusivamente heroica. Ninguno ha sabido con tanta maestría como él hermanar lo sério y gracioso con lo terrible, lo sublime con lo familiar; ninguno ha presentado en sus escenas tan grande número de personajes, de caracteres y de acciones diversas que todos conspiran á un mismo fin; ninguno mas poeta en su estilo, mas ameno en sus cuadros, mas fecundo en sus descripciones y mas exacto en la pintura de los caracteres y de las costumbres. Para compararle y preferir á otro poeta épico italiano que rivaliza ó divide con Ariosto el primer puesto, es necesario comenzar por establecer la superioridad del género que su antagonista el Tasso escogió. Raras son las producciones que en un mismo género y comparadas entre sí, no aventaja Ariosto á su rival.

Ariosto reunia á la fecundidad de ingenio y fertilidad de invencion la mas exacta precision en los detalles de sus personajes, y descubre en sus obras conocimientos profundos en la geografia. Tales son pues, como pintamos en este pálido bosquejo las eminentes cualidades que adornaban la privilegiada organizacion del autor del *Orlando el furioso*, obra que han admirado y admirarán las generaciones que se han sucedido y se sucedan, y tales son pues las causas por que ha escitado el entusiasmo de todos los pueblos y lo que ha impulsado á los hombres de diferentes naciones á emprender una fiel traduccion de esta bellisima obra maestra.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



Vista del palacio de Villa-hermosa.

UNA NOCHE EN VILLA-HERMOSA.

A últimos de febrero, una noche muy fría y que caía agua á torrentes, caminaba un joven amigo mio vestido de sociedad, armado de paraguas, y que según las eses y rodeos que hacía, y la atención con que sentaba sus pies para andar, se traslucía cuidaba mucho de que no salpicase á su calzado el lodo.

Cualquiera que por primera vez se hallase en la capital de la Monarquía española en aquella noche, tan á deshora, pues eran las doce, y en el momento precisamente que parecía que irritado el cielo desencadenaba sus iras, y contemplara el espectáculo que ofrecían sus anchurosas é inundadas calles, hubiera creído encontrarse bajo el asilo de un pueblo de dementes, ó que se había trasportado sin conocerlo, á la superficie de al-

gun planeta, ocupado por otros entes distintos de sus semejantes, de los innumerables que giran en la inmensidad del espacio. Tal era pues la agitación y movimiento que se notaba, no obstante la tempestad. Mil carruages de diferentes hechuras, celeridad y aun de opuestas edades, cruzaban velozmente; parecía imposible que el pueblo de Madrid cerrase en su seno tanta máquina ambulante; aquí se veía un soberbio landó perfectamente enristalado, tirado por un par de famosas yeguas cubiertas hasta las orejas de encerado y que guiaban desde el cómodo y elevado pescante, dos vigorosos y fornidos descendientes del valiente D. Pelayo, herméticamente envueltos en sus carriques blancos de cinco cuellos, con sombrero galoneado de oro, su corbata también blanca, y colorados y orgullosos porque á juzgar por las apariencias, eran los timoneros de aquel bajel que debía pertenecer á algún cortesano ó diplomático de la mas elevada alcurnia; en direccion contraria se veía pasar á su lado al perezoso y sosegado coche de alquiler, ó sea dicho *simon*, que así se parece al anterior como un vapor á una barca de remos; que arrastraban con sobra-

da lentitud dos escualidos cuadrúpedos, contemporáneos sin duda del famoso rocinante del hidalgo manchego, sin manta que los abrigara de la intemperie, sufriendo pacientemente el feroz despotismo del cochero, ascendido en aquella noche á tan alto puesto, y de un imberbe lacayo, novicio en la profesion, y que asido de los tirantes de la zaga ó trasera, iba dando tantos saltos cuantos movimientos hacia la vetusta caja á influencia del terso y benéfico piso de la corte; mas allá se veía trotar con mas prisa que á un agente de negocios, á la carretela de mulas con campanillos y mayoral de tralla en ristre y marsellé cordobés; al rápido bombé del médico ó del agente de bolsa; al problema de los carruages, al disfrazado y elegante tilburi, aunque no tan fresco y escotado como en el estio, sino calada su capucha: á la tartana de origen desconocido é infernal invencion, á los ómnibus, especie de cetáceos terrestres, y sobre todos no faltaba el calesín español, mahometano ó del tiempo de Adán, que atrevido y alegre surcaba por las calles tan rápido cual si le esperara un chulo de los que han de lidiar los toros en una tarde de corrida.

Todos estos carruages iban llenos de gentes, que acudían á los bailes de máscaras, era martes de carnaval, mil tiendas y establecimientos en que se alquilaban trages y caretas, estaban aun abiertas y perfectamente iluminadas; las fábricas de guantes permanecían lo mismo esperando la llegada de algun olvidadizo; por entre los cristales de las peluquerías, se divisaba la agitacion que reinaba en su seno, producida por los que para dar el último toque á su artística apostura, acudían á perfumarse el cabello y á someter algun rizo tenaz y rebelde, al impulso del ardiente contacto de la media caña, y hasta los mortecinos rebvereros prodigando generosos sus pálidos destellos, daban á entender celebraban esta noche con alguna lágrima mas de aceite que consumir, amen de las que para su linterna hubiera atrasado el soñoliento sereno, que tambien en esta ocasion estaban mas vigilantes que un Argos, y mas dispuestos que un muchacho de quince abríles.

Otras muchas familias y personas iban á pie como mi amigo, bien porque no hubieron de encontrar donde almacenar sus cuerpos ó porque la escasez de numerario no les permitía desprenderse del crecido desembolso que exigían los conductores y mayorales de los coches: era muy digno de observar el cuadro que presentaban, aqui un respetable papá que á fuerza de ruegos y caricias habia consentido en abandonar su blando y benéfico lecho, por acompañar al baile á dos bellísimas niñas que á trueque de no calarse los vestidos que tantos ratos de tarea les habian costado, los recogían, y ostentaban libremente su lindo piecicito, y aun al saltar un charco, encargando al criado las cubriera bien con el paraguas para que no semojara el tontillo, hasta su blanca media y torneada pantorrilla. Mas allá una amartelada pareja se adhería y estrechaba como si de esta suerte evitase mejor los perniciosos efectos de la humedad; de otra parte se veía descender en direccion á Villahermosa un grupo de máscaras, y entre ellas una que con frecuencia volvía la cabeza para mirar si la seguía un enamorado mancebo, que esperaba encontrar propicia ocasion en el baile para declarar su pasión; y alguno que otro que como mi amigo caminaban al mismo punto, y que á juzgar por lo impasible y regular de su marcha, no alimentaban ni pretensiones amorosas, ni hostiles deseos, ni tenían citas á que dar cumplimiento, billetes á que contestar, conquistas que emprender, ni llevaban otro objeto que el de contemplar con pasiva indiferencia como se divertían y gozaban las recién admitidas en el gremio de mugeres, y los muchachos á quien solo cubre su labio superior, una imperceptible línea de rizado y sedoso bozo.

Mi amigo iba solo, consecuente con sus misantrópicas inclinaciones; pasaba aunque joven de la edad en que adquieren su desarrollo la violencia de las pasiones; descendiente de un pueblo inmediato á Salamanca, cultivó su espíritu en aquella célebre universidad, y afecto al estudio, al retiro, y en contacto continuo con las severas obras de los autores de las ciencias mas abstractas, se habia afilosophado de tal suerte, que aunque hacia dos meses estaba en la corte, no habíamos logrado inclinar su ánimo entre todos los amigos para que fuera á las máscaras; hasta esta noche que empeñó formalmente su palabra de asistir un rato.

En la revista que llevaba hecha durante su permanencia en Madrid, de los monumentos mas notables que se ofrecen á la vista, no escapó á su exámen el soberbio palacio del duque de Villahermosa, que por su solidez, su ventajosa situacion y su elegante arquitectura, ocupa uno de los primeros lugares despues del alcázar de nuestros reyes; por esta razon y las noticias que le habíamos dado de su magnificencia, le hizo concebir una idea que en nada disminuyó su sorj resa.

Así que llegó á la puerta le rodearon una porcion de limpia botas, que gracias á algunos cuartos de gratificacion, se disputaban todos la gloria de ser el primero que emplease su cepillo en brunit la bota ajustada á su pie y empañada con la humedad.

Subió mi amigo por la escalera, pausadamente y como lo permitía la afluencia de máscaras, y en ella admiró ya lo perfectamente alumbrada y el particular esmero con que le hacia concebir estaba dispuesto y previsto todo, al notar los anchurosos peldaños cubiertos de blanda alfombra y lo lustroso de los balaustres del pasa-manos.

Creciendo fué su admiracion cuando despues de entregar el billete y depositar su paraguas en el guarda-ropa, penetró por la serie de salas ó saloncillos que median hasta llegar al punto mas interesante del drama que á sus ojos se representaba, hasta llegar al soberbio salon que ofrecía á su deslumbrada mirada, la imagen de la locura en lo que tiene de contacto con lo fantástico y sublime. Al cederle paso uno de los ugieres, ataviado de etiqueta, levantando la cortina y presentándole una papeleta con las composiciones que cantaban los coros, se quedó absorto y en muda contemplacion. Consiguiente al impulso natural que nos conmueve al experimentar una sensacion nueva y desconocida, levantó su vista al cielo y reparó en lo elevado de la bóveda; en las esquisitas labores del artesonado y cornisa y en la multitud de cordones que suspendían muchas artísticas arañas y candelabros de cristal de roca, cuya trasparencia multiplicaban al infinito y con la variedad de los colores del prisma, los destellos de las bugías que ardían en sus arandelas y que inundaban de luz el espacio. Contemplaba despues la esquisita colgadura que cubría la superficie de las paredes, imitando con admirable perfeccion los adamascados paños de Florencia, la profusion de las lunas venecianas, dispuestas con tal acierto que al mirar los objetos reflejados en ellas, parecia encontrarse en una estancia de dimensiones ilimitadas, las elegantes banquetas y pabellones, la suavidad de la alfombra que pisaba, los armónicos ecos y resonancias de la orquesta, confundida con el prodigioso efecto de los coros, y hasta el mascaron que anunciaba con su iluminada targeta lo que tocaba bailar por riguroso turno.

Todo esto lo consideraba sino con asombro, al menos con una contemplacion tal, cual si fuera un recién llegado de la Arabia, mas como el quedar parado en un punto era tan imposible en medio de aquel torbellino, como el contar las arenas que arrastra un rio en su corriente, poco á poco fué conducido á su pesar y como santo en andas, al centro del salon; cada paso que daba hacia un nuevo descubrimiento, un nuevo objeto en

que fijar su atención; el salón estaba de máscaras que difícilmente hubiera caído en el suelo un alfiler arrojado desde las tribunas, mas ¿qué le importaba el que algún desaliñado descendiente de las vegas de la perla musulmana, enganchase el faldón de su frac en el dorado puño del alfange, si este entorpecimiento que pudo serle aciago, le permitía contemplar la gracia y gentileza de una rubia valenciana, que á juzgar por lo donoso de su talle, lo delicado de los contornos y lo que descuidadamente dejaba traslucir por entre el enfadoso tafetan de su careta, debía ser tan hechicero y tan bello lo que ocultaba, como lo que avara permitía admirarla á la escudriñadora mirada de los que en su derredor daban vueltas como moscas á un panal de esquisita miel?

—¿Qué le importaban los encontrones y codazos si frente á frente se hallaba en dulce y escitante contacto con la guarnecida falda de una jerezana, que derramaba un chorro de gracia por cada uno de los pliegues de su rizado guarda-pies, y la sal que les sobra á las paisanas de la tierra cuyo traje vestía, en cada uno de sus movimientos, para atender á las galanías de los babosos moscardones que en su derredor zumbaban? Y que todo aquello si su vista no sabía en que fijarse primero, si en la esbelta mallorquina, en la otra que velaba sus juveniles encantos bajo el antiguo disfraz de las damas de la corte de doña Berenguela, si en la modesta paleta, ó en la que se entregaba al delirio del baile bajo el santo ropaje de beata, si en la del celeste capuchón, ó si en la que ocultando alguna maquiavélica intriga, se presentaba cuidadosamente envuelta en un negro dominó?

Aturdido en aquella verdadera torre de Babel, giraba, daba tantas vueltas cual perinola que busca el punto de reposo, cuando le rodearon alegres unas máscaras que todas á un tiempo le gritaban con atiplado acento:

—Tu por aquí?

—Sí, pues no lo veis?

—Magnífica conquista! repetían todos; un filósofo en el baile, milagros hace el Carnaval, cenarás con nosotros, es preciso que seamos tu Mentor en este dédalo diabólico; es menester que tu faz sonría y no se muestre ceñida, ya que Lucifer venció tus tenaces preceptos escolásticos, beberás champagne y jerez... brindarás con nosotros y gozosos cantaremos las delicias de la orgía, alabanzas al placer, el encanto y voluptuosidad de la danza y los dulces engaños é ilusiones del Carnaval, viva el Carnaval! viva mil veces, repitieron todos!

—Sin conocer á aquellos disfrazados, impulsaron á mi amigo de grado ó por fuerza á ir en su compañía, mas al llegar á la puerta que conduce al ambigü, se pararon á observar un remolino ó pequeño movimiento de agitación que se notaba en la opuesta entrada de la sala, y que era producido por una comparsa á quien el universal sufragio cerraba el paso, y á quienes sin atención al delicado sexo á que pertenecían, rechazaron hasta su espulsión del edificio.

—Fuera la vieja traidora! gritó uno de los máscaras, y mas tranquilos al ver restablecida la calma, se lanzaron con mi filósofo en las innumerables salas del ambigü.

Si ruido y estrepitosa zambra aturdieron sus oídos en el salón, no menos molestaba su tímpano el consabido estruendo de los afanosos camareros que gritaban, *paso que mancho* y así era en realidad, no obstante mostrarse obediente á su brusca insinuación; mas tampoco parecía inquietarle demasiado este cuidado, si se atiende á el asombro con que consideraba aquella infinita sucesión de espaciosas y adornadas estancias, ocupadas con mesas cubiertas de damasquinas mantelerías, de las que exalaban mil viandas su tentadora fragancia, servidas en completa y elegante vagalla de china y transparente cristalería; si se atiende consideraba con avidez su mirada,

los espumosos vapores que despedían las piramidales copas de Champagne al agitarse el líquido que fermentaba en su seno, y la infernal barahunda de los que sin poder ya contar las luces que veían, llamaban con ronca y tomada voz, y golpeando fuertemente en la mesa, al mozo que les servía; de los inspirados brindis y las prosaicas bombas, del choque de los vasos, y las copas que suelen fracasar, del que pedía otra botella mas, y de los que entonaban el canto de las coronas del festín de Lucrecia Borgia. Todo esto debilitaba de tal suerte la cabeza de mi amigo, que creía hallarse en una mansión de locos ó por lo menos que cualquiera de los que allí se encontraban podía sin agravio ocupar alguna de las jaulas del hospital de Zaragoza; mas de una vez se tapó los oídos con sus manos, y mas de dos las llevó á su cabeza como si sintiera desplomarse la techumbre del palacio.

Perdido en aquella confusión, avanzaba ó retrocedía á merced del capricho de sus improvisados directores, que le manejaban con la misma facilidad que mece el viento un buque en alta mar, mas sin embargo no era tanto el embotamiento en que yacían sus sentidos, que no le permitiera discurrir lógicamente y deducir consecuencias en pró de su egoísmo.

—¿Quiénes serán estos se decía, que me ofrecen su desinteresada protección, pues qué generosos me convidan á cenar? Quiénes serán? Mas no le preocupó mucho este pensamiento, porque le ocurrió una idea, y dijo para sus adentros.

El hombre que convida á cenar á otro es amigo suyo por fuerza, si, indudablemente... estos sin disputa son buenos amigos.

Mientras así pensaba, sus nuevos camaradas habían tomado posesión é instaládose cómodamente en derredor de una de las mesas, cediéndole uno de los puestos mas preferentes que ocupó sin titubear y sin ceremonia. Pidieron de lo que contenía la lista, y sobre todo cubrieron la mesa con botellas de todos los vinos que producen las llanuras de Andalucía y las fértiles orillas del Rhin.

Dulce y gastronómicamente entretenidos transcurrieron las horas, trasegando á sus estómagos el líquido contenido en los cristalinos receptáculos, sin reparar en qué veloz corría el tiempo, que iba cediendo la confusión, desocupándose los vastos comedores y en que á la desmayada luz de las bugías reemplazaba ya gradualmente los tibios albores de la aurora.

—Estás contento? preguntó uno de los máscaras á mi amigo.

—Y cómo no lo he de estar, con quien tan grata y fraternalmente me acoje! pero quiénes sois, aun no os habeis descubierto y no puedo sospechar...

—Ya lo sabrás... mas tarde; aun no es tiempo de que conozcas al benéfico genio que te obsequia, satisfecho de su triunfo por haber conseguido someterte al cautiverio de su blando yugo, contestóle con ridículo acento de gravedad el máscara que presidía el banquete; mas si quieres presentarte á su desnuda faz como uno de sus mas predilectos hijos, añadió levantándose y extendiendo la mano, movimiento que todos imitaron menos, mi filósofo que no comprendía lo que aquello significaba, jura por el vivificante licor que contiene esta botella que solo son felices los seres en la tierra, en los cortos y peregrinos momentos que dedican al placer; en los pasajeros y fugaces instantes que consagran á la orgía y á la danza, y que solo consiguen la suprema dicha, los que ébrios de dulzura y en delirante frenesí, exálan su postrer suspiro apurando la última gota de champagne y sonriendo amorosos entre celestes armonías en brazos de la beldad que adoran.

—Jura, filósofo rebelde, jura los sagrados preceptos que te impone en esta noche su régio poder.

Ya iba mi amigo á levantarse y á obedecer al que con tanto fuego le escitaba, cuando en la estancia inmediata, sonó una voz que dijo:

—No jurará!...

A este tiempo abrieron las ventanas facilitando paso á los rayos del sol que vinieron á sorprender en la mesa á nuestros máscaras; el mas completo silencio empezaba á reinar y solo alguno que otro de los que habian asistido al baile, cruzaban por allí rápidamente, destruda ya su mano del fatigoso guante que la habia oprimido y con su capa ó paletó en el brazo, como quien se dispone á marchar.

—No jurará! exclamó la misma voz dentro de la estancia en que estaban reunidos.

El que así los interrumpia era una vieja larga y seca, de torva mirada, airado ceño y semblante gruñon, seguida de una comparsa del mismo pelaje y que cada una traia consigo un libro de oraciones ó rosario, crucifijo ó algun otro simbolo ó señal de nuestra veneranda religion; á su vista exalaron los máscaras un solo y unánime grito de terror, las caretas se desprendieron de sus rostros y quedaron cual heridos por el fuego de un rayo.

—Aparta vieja traidora! atrás implacable hueste! pronunciaron en su agonía.

—No, ya comenzó mi reinado y espiro tu instantáneo poderio; tu frenética comitiva te abandona y nada hay que se oponga á mi paso; nada puedes ya para rechazarme como lo conseguiste hace algunas horas. A las doce, te acuerdas? terminó tu existencia, terminó el Carnaval; ya el benéfico Febo nos ilumina con sus rayos; ese espacio de tiempo me has usurpado, manchando la santidad de mi nombre, ultrajando á la Cuaresma con tus inmundas bacanales, con tus engañosas y seductoras ficciones, con tu infernal intriga, con tus locuras y disipacion. Si.... responderás ante Dios de las lágrimas que por tu causa, por los artificios que en una sola noche sabes emplear, derramen los mortales por efecto de su debilidad misma! responderás de las amargas quejas que ha de exalar la tierna virgen á quien hicistes perder en el baile su tranquilidad y su reposo, en un momento de delirio, y á quien debe atormentar en el mundo la pena de eterno arrepentimiento? Por fortuna ya acabaste...

—Aun del todo no; herido de muerte estoy, mas aun en mi agonía me he de alzar mas lozano y con nuevas galas para brillar un dia, y legar mi testamento de Piñata.

—Si, un dia mas de usurpacion; te alzarás del sepulcro en que aun te sostiene débil tu planta, te alzarás aun para brillar cual fosfórica llama, será menos rápido tu descenso, pero tambien servirá para hundirte mas profundamente.

Mi amigo contemplaba todo esto sin saber lo que le pasaba, efecto consiguiente á la influencia de los repetidos brindis; mas dirigiéndose á él la mas anciana de las aparecidas, dirigiéndose á él la Cuaresma le dijo:

—Y tu que te dejas arrastrar de las lisonjeras palabras de estos insensatos, muestra aun al mundo que no abjuraste tus creencias, muestra que no dieron completa cima á su obra de seduccion, ven conmigo, acompáñame.

Diciendo así le tomó de la mano y le condujo al sa-

lon, casi desierto ya, estinguida la luz de las bugías y apagados los ecos de la orquesta.

—Ves aquel, me dijo señalándome á un joven como de veinte años, que se retira mordiéndose el guante de rabia y pintado en su rostro las señales de la mas profunda desesperacion; pues bien, aquel hizo esta noche el posterior sacrificio que le restaba; aventuró en una apuesta al ecarte su último dinero. Para atender á los gastos de la temporada, empeñó el reloj, sus albas, ha contraído inmensas deudas, y ahora va meditando el como ha de presentarse ante los ojos de su familia. Todo por alcanzar una sonrisa, una mirada de una alma ingrata que mucho tiempo ha se mofa de su amorosa pena.

Y eso que es tarde, nadie casi queda ya en la sala; el Carnaval y sus espirantes camaradas consiguieron trastornar tus ideas, y no han permitido que observáras al tutor que á media noche arrastró del baile á su pupila, por hallarla en tierno coloquio con un amante prohibido; no presenciaste la escena de un marido que cuando creía á su esposa entregada al sueño, la sorprendió aqui mismo á pesar de su disfraz.

Ves tambien aquella que tan encantadora te parecia hace poco, dijo señalándome á una vestida de valenciana, la ves lánguida y ojerosa, ajada la trasparente gasa de su ligero traje y que mustia y cabizcaida se retira siguiendo perezosamente á su madre? pues bien; llena de esperanza y de ilusiones acudió al baile, y en él ha adquirido pruebas evidentes de que su amante le es infiel, de que es un seductor; pero no le maldigas, su merecido castigo encontró en el salon; es aquel, que en dulce y animado coloquio se dirige al guardarropa del brazo de aquella arrogante maja, tan radiante de hermosura, apesar del mal efecto que produce la agitacion de la noche, pero no envidies que se envanezca de su rápida conquista, bastante le ha costado su triunfo, y aun le costará mas... tiene bastante!... compadécete!

Ven á este balcón, dijo abriendo uno de par en par, contempla los diferentes grupos de gentes que presurosos van cubriendo herméticamente su boca para no aspirar una pulmonia y que van en busca de su mullido lecho, ves aquel... pero á que cansarte... todos acudieron gozosos á esta mansion, muchos solo encontraron en ella abundante manantial de lágrimas que derramar, tarde ó temprano; cada uno lleva su historia que referir, tu tambien llevas la tuya y no corta.

—A Dios, procura arrepentirte de la noche que has perdido.

Al dia siguiente reunidos en el café, interparamos á nuestro amigo acerca de lo que le pasó en el baile, pero el mas profundo silencio selló sus labios, solo en reserva me confió á mí la historia de la noche de Villahermosa, y en reserva la consigno en estas páginas tambien; mas en prueba de su sincero arrepentimiento, nos dijo el sábado inmediato al domingo de Piñata.

—Magnífica rifa la de Villahermosa!

—Irás tú? le pregunté.

—Si, contestó con su natural indiferencia, será preciso dar el último á Dios al Carnaval.

J. LEGUEY.



ESTUDIOS DE VIAGES (1).



COLONIA.

HISTORIA.

«Señor, ¿hay algo que contar de este pueblo?—Eso me indica, Pelegrin, que ya estás descansando so-

(1) Son tantos los autores que han escrito sus viages á las orillas del Rhin, que la única duda que se puede ofrecer, está en quien ha de elegirse para formar el extracto. Nosotros sin embargo no hemos tenido que dudar porque solo hay un español (Fr. Gerundio) que se haya ocupado de esta materia; á él hemos dado la preferen-

bre la almohada.—Así es la verdad, mi amo: por mí ya puede vd. apagar la luz.—No, que voy á leer algo

cia como era consiguiente, y con su autorizacion copiamos estos apuntes, y ya que hablamos de los VIAGES DE FR. GERUNDIO, no podemos menos de recomendar la nueva edicion que se está haciendo de esta interesante obra, ilustrada con grabados y láminas en cobre de esquisito gusto. No será esta la última vez que los VIAGES DE FR. GERUNDIO nos den materia para algun artículo, y acaso mas adelante presentaremos en nuestro periódico una muestra de la nueva edicion á que aludimos.

de la historia de COLONIA.—Señor, en ese caso haga vd. el favor de leer de modo que yo oiga, ó á lo menos de contarme la sustancia, que ya sabe vd. que me gustan las historias.—Bien, pero ha de ser con la condicion de no dormirte hasta que concluya.—¿Es larga?—Me reasumiré todo lo posible.—Pues diga vd., señor, que no me dormiré.

«Por lo que aqui veo, Pelegrin el pueblo en que nos hallamos fué en su principio un campo romano fundado por Marco Agripa, en donde despues el emperador Claudio fundó una colonia que llamó *Colonia Agripina*, en honor de haber nacido en el su muger *Agripina*, y de esto le viene á la ciudad el nombre de *Colonia*.—¿Y qué tal señora fué esa doña *Gripina* ó *Cripina*, mi amo?—Oh! la famosa *Agripina*, hermana de *Calígula* y madre de *Neron*! ¡Digna hermana de tal hermano, y digna madre de tal hijo! Ella envenenó á su esposo con un plato de setas con el fin de que su hijo subiese al trono, y despues el hijo asesinó á la madre.—Por mi ánima que fué una familia lucida la de la señora *Agripina*, mi amo. Y siga vd., que no lleva mal principio la historia.

«En COLONIA fué proclamado emperador *Vitelio*. De COLONIA salió *Traiano* cuando fué llamado á Roma por el emperador *Nerva* para dividir con él el imperio; y desde entonces fué COLONIA la capital de la *Gaula Rhénana inferior*. Así es que la ciudad está todavía llena de restos de antigüedades romanas. En el año 508 fué proclamado *Clovis* rey de los Francos en esta ciudad; y *Pepino* antes de ser rey de los Francos fué duque de COLONIA.... ¿Te has dormido, Pelegrin?—No señor.—Me parece que sí; ¿de quién estaba hablando?—Decía vd. que en esta ciudad habia buenos pepinos.—¡Badulaque que tú eres! Del rey *Pepino* hablaba, el hijo de *Cárlos Martel* y hermano de *Carlo-Magno*, no que de pepinos; y *Carlo-Magno* tambien visitaba con frecuencia esta ciudad, que despues *Othon el Grande* reunió al imperio Germánico, concediéndola grandes privilegios.

«En la edad media era COLONIA el mas poderoso apoyo de las ciudades anseáticas. Entonces podia armar ella sola treinta mil guerreros: tenia once cabildos, cincuenta y ocho conventos, diez y nueve parroquias, cuarenta y nueve capillas y diez y seis hospitales. En el siglo pasado hizo parte de la república francesa: en 1814 la ocuparon los rusos, y al año siguiente la cedieron á los Prusianos, que desde entonces la conservan, siendo ahora capital de la provincia de *Cleves-Berg*, y estando poblada de unos setenta mil habitantes, que viven en siete mil quinientas casas.

«¿Oyes, Pelegrin? Pelegrin, ¿duermes?—¿Quién llama?—Nada, nada, prosigue en tu sueño venturoso.»

Y apagué la luz diciendo: «viage vd. y dese malos ratos por aprender las historias de los pueblos; y luego cuéntelas vd. á los legos, que ellos se quedarán dormidos.»

LA OBRA DEL DIABLO.

Salimos al dia siguiente temprano á recorrer la ciudad, acompañados de nuestro correspondiente *domestique*, el cual llevaba su gran placa colgada de un ojal de su levita. En Alemania este servicio de *domestiques de place* ó *commissionnaires*, guías ó *cicerones*, es un ramo regularizado. Ellos son nombrados por la ciudad, y se distinguen por una placa en que consta el número y cuartel respectivo de cada uno: ¡oh! Dios librará á quien no estubiese investido de su gran diploma de intrusarse á hacer oficios de *cicerone* con cualquier extranjero!

«¿Qué es lo que gustais ver antes? nos preguntó el

nuestro.—Visitaremos (le respondí), si os parece, la catedral.—¡Oh! *Le dome de Cologne*! Ciertamente es cosa que admiran todos los viajeros: está bien, yo os llevaré á la catedral.»

Despues de revolver una porcion de calles, á la verdad no muy rectas ni limpias, oyendo continuamente los toques de trompeta que anuncian la incesante entrada y salida de diligencias y coches-correos, dimos vista á la famosa catedral de COLONIA, obra maestra de la arquitectura teutónica, ó por mejor decir, obra maestra del diablo, por mas que parezca impropio que el diablo se haya metido nunca á arquitecto de catedrales. He aquí el motivo de haber sido obra del diablo la catedral de COLONIA, segun lo refieren las leyendas y crónicas del pais.

Habia ya concebido el arzobispo *Engelberg*, llamado el Santo, la idea de hacer una catedral en COLONIA; pero quién mas seriamente pensó en la ejecucion, fué su sucesor el arzobispo *Conrado*. Este se propuso levantar un templo metrópoli, una basilica que escudiese en grandeza, belleza y suntuosidad á todo lo que se conocia de mejor en materia de templos. Para ello puso á su disposicion y le abrió sus arcas el cabildo, uno de los mas ricos del mundo. Publicóse el programa, y empezaron á llover planes y diseños de catedrales enviados por todos los mejores arquitectos de Europa. Ninguno llenaba la santa ambicion del prelado: ninguno le satisfacía: todos los iba desaprobando.

Picó esto y mortificó de tal modo el amor propio de un jóven arquitecto de la ciudad, que se resolvió á proponer al arzobispo que se encargaria de hacer un diseño que habria de satisfacer sus deseos, con tal que le proporcionase fondos para visitar y estudiar los templos de Alemania, de Francia y de Inglaterra. «Concedido, dijo el prelado; aquí teneis esta bolsa de oro: andad, y volved presto.»

Hizo mi buen arquitecto su largo viage facultativo: regresó á COLONIA, y confiado en sus estudios de viage, y pensando siempre en su plan de catedral, salió una tarde al campo, y sentado sobre una piedra á la orilla del Rin, comenzó á trazar líneas con su lapicero. Perfilaba fachadas, campanarios, torres góticas, arcos ogivos, bóvedas y flechas; todo le parecia incompleto y mezquino: borraba, volvía á hacer líneas, rompía un papel, dibujaba en otro, y se quemaba y se consumía porque nada salia á su gusto. Ya por fin á fuerza de tentativas logró hacer un diseño en que le pareció hallar grandeza y magestad; y cuando él comenzaba á felicitarse de su obra, oye detras de si una voz cascajosa que acompañada de una risa sardónica le dice: «¡brabísimo, amigo! acabas de trazar la catedral de STRASBURGO.»

Vuelve súbitamente la cabeza, y ve un viejo, pequeño, feo, de ojos saltones y puntiaguda barba, vestido de un balandran negro, que casi apoyado sobre su espalda reía malignamente. «A fé, dijo para si el arquitecto, que la figura no es para escitar simpatías; pero él tiene razon.» Borra su catedral, empieza á delinear otra, y le vuelve á decir el viejo con la misma maligna sonrisa: «muy bien va eso jóven, pero llevas traza de diseñar la catedral de REIMS.» Reflexionó el arquitecto, y se convenció de que el anciano decia verdad. «Pues á otra cosa.» Y empezó otro dibujo. «Jóven, le dijo el ente misterioso, tú no has viajado solo por Francia, sino que tambien has visitado la Inglaterra.—Cierito, ¿pero de qué lo sabeis vos?—Lo infiero, porque estás haciendo el plan de la catedral de CANTORVERY.»

Amostazado el jóven de la impertinente pero verdadera critica del viejo, arroja desesperadamente el papel y el lapiz, dando un gemido de sentimiento y de rabia.—A fé, le dijo el anciano, que te desesperas por bien poca cosa: nada mas fácil que la obra que estas encargado

de hacer.—¿El plan de una catedral para COLONIA que sea mejor que todas las catedrales conocidas, es cosa fácil?—No puede serlo mas.—¿Os atreveis vos á hacerle?—¿Y por qué nó?—Pues bien, hacedle; Monseñor Conrado escogerá despues entre el vuestro y el mio.—Acepto.»

Y sacando el viejo de debajo del balandran una varita, en un minuto trazó en la arena la flecha mas elegante y esbelta que se pudiese concebir.—¿Quién sois vos, exclamó el arquitecto, que tan fácilmente ejecutais lo que los hombres ni siquiera se atreverian á imaginar?—¿Yo? Nada mas que un pobrecito viejo que sabe lo que valen las bravatas de los jóvenes.—¿Y no podriais, buen viejo, confiarme el diseño de vuestra catedral? Vos me hariais feliz.—Firma en este pergamino, y te le daré.—¿Qué me pedis con esa firma?—Poca cosa; nada mas que tu alma.»

Lanza el pobre jóven lleno de pavora un «*Vade retro*» y trata de huir diciendo: «este viejo es el mismo Satanás en persona.—Sí, Satanás soy; pero vuelve, jóven incauto, vuelve; ven acá: ¿te parece cara una catedral que valdria bien las almas de todo el cabildo, y yo te la doy por la tuya sola? Mira el conjunto de toda la catedral y reflexiónalo bien.» Y en el mismo instante traza Satanás en la arena un templo mágico, lo mas perfecto y acabado que idearse pudiera. Pónese á meditar el arquitecto más tranquilo, y determina jugar una treta al diablo. «Está bien, le dice; dadme vuestra catedral, se la llevaré al arzobispo, y si en virtud del diseño me encarga la obra, yoos ofrezco mi alma.—¡Pobre mozo! ¿piensas engañar al diablo? Firma, y te daré la catedral.—Eso nó.—Pues la catedral antes de la firma tampoco. Piénsalo bien, consúltalo con la almohada, y hasta mañana á media noche en este mismo sitio.—Bien, hasta mañana á media noche.»

Despidiéronse así. El arquitecto corre presuroso á contar al arzobispo la aparición diabólica; le enteran del maravilloso plan de catedral que Satanás poseía; el arzobispo se sorprende; reúne el cabildo, lo pone todo en su conocimiento, se discute entre todos el medio de arrancar la catedral de las garras del diablo, y se resuelve que acuda el arquitecto á la cita convenida armado de un relicario de Santa Ursula, que presentará al espíritu maligno tan luego como haya logrado atraparle el ansiado diseño.

Acude el artista la siguiente noche á la hora y sitio señalados, confiado en la proteccion de su sagrado talisman. Esta vez no es un viejo estravagante el que se le aparece: es un ángel con alas de fuego bajo la figura de un jóven alto y robusto, de ancha frente y de mirar sombrío, que con el plano en una mano y el convenio en la otra le dice: jóven artista, firma el pacto y toma la catedral.» El arquitecto tiembla; pero el relicario le infunde valor, y agarrando el papel de la catedral con una mano, y dando con la otra á Satanás con *Santa Ursula* en los hocicos, «retírate, espíritu de las tinieblas, le dice con bueca y esforzada voz.» Satanás se queda un rato inmóvil; y en seguida con rabioso acento le dice: «jóven, algun clérigo te ha aconsejado; esta es una treta eclesiástica: pues bien me retiró, pero la catedral que me robas no se acabará nunca, y tu nombre quedará ignorado entre los hombres.»

Huyó Satanás envuelto en una negra nube de denso humo que le arrastró hácia el río. El arquitecto corre desalentado á la capilla de Santa Ursula, donde le aguardaba el cabildo reunido. «Señores, aquí está la catedral que acabo de arrancar de las uñas del demonio.—¡Gloria al arquitecto! exclamaron todos los canónigos á una voz.» Pero, ¡cuál fué el general desconsuelo cuando al desarrollar el pergamino se encontraron con que el diablo se habia llevado entre las uñas un pedazo de catedral! Faltaba una torre! en vano el pobre artista consu-

mió sus vigiliat en diseñar otra torre que estubiese en armonia con el cuerpo del edificio: gastó sus dias en hacer líneas y combinaciones, y viendo que le era imposible armonizar diseño alguno con la obra diabólica, murió de pesadumbre. Su nombre ha quedado ignorado, y la catedral por concluir, con arreglo á la profética amenaza del diablo que la dibujó.

Esta es la historia de la famosa catedral de COLONIA, tal poco mas ó menos como la cuentan las leyendas y tradiciones del pais.

Sin embargo, cuando yo Fr. Gerundio le visité, se estaba continuando la obra con ánimo resuelto de concluir la y de dejar al diablo colgado de las agallas como se merece. ¿Lo conseguirán? El tiempo nos dirá quien tiene mas poder, si el diablo ó el cabildo de COLONIA. Entretanto se trabajaba con ahinco. El mismo Rey de Prusia contribuye cada año con una cantidad considerable para la obra: el año pasado de 1841 habia dado cincuenta mil *thallars*. Y yo Fr. Gerundio tengo tambien el honor de haber contribuido con mi bolsillo á la obra de la catedral de COLONIA, pues á ello se destinan las propinas de los estrangeros que visitan el templo, cuyas visitas se han tasado en dos escudos de Prusia cada una, que hacen mas de ocho pesetas españolas.

LOS REYES MAGOS,

Y LAS ONCE MIL VIRGENES.

Con motivo de la obra, estaba todo el cuerpo interior de la catedral obstruido con andamios, garruchas, caballetes y demas mueblage de la carpintería y albañilería. Celebraba el cabildo sus oficios en otra capilla inmediata, no en la capilla y altar mayor, que se hallaban cubiertos con un gran tablado; pero aun se veía la alta bóveda del coro que sube magestuosamente hácia el cielo, los grupos de esbeltas columnas que se lanzan atrevidamente á una altura prodigiosa, la famosa cristalería y otras bellezas artísticas que fuera prolijo enumerar.

«Venid, nos dijo el guía, á la capilla que está detras del altar mayor, y veréis el sepulcro de los *tres Reyes Magos*.—¿Cómo! los tres Reyes Magos están enterrados aquí!—¡Oh! si, ciertamente; aqui reposan los huesos de los tres Reyes que fueron á adorar al niño Dios.—¿Y cómo han venido á parar aquí los restos de sus Magestades?—Os contaré su historia.

«Cuando Federico I de Hohenstaufen, conquistó y devastó á Milan, se apoderó de los huesos de los tres Reyes Magos que descansaban allí, no sé con qué motivo, y los regaló al arzobispo de Colonia, Reinaldo, el cual loco de contento con la posesion de tan preciosas reliquias, trató de levantar un templo digno de ellas. El plan fué trazado, se buscaron obreros, y se puso mano á la obra. Los operarios salieron un poco mas haraganes de lo que el celo del arzobispo podia sufrir; y el prelado que era un caballero antiguo, y habia manejado antes la lanza que el cayado, acordándose mas de lo que habia sido que de lo que era, tomó por costumbre imprimir la aficion al trabajo á los obreros á fuerza de bastonazos que diariamente les regalaba. Cansados estos de sufrir tan significativas insinuaciones, y apreciando en mas sus costillas que la vida de Monseñor, tramaron una conspiracion y resolvieron deshacerse de él á toda costa. Un dia pues, poco antes de la hora en que el celoso prelado acostumbraba á visitar los trabajos del templo, le esperaron escondidos tras de un andamio, teniendo delante un gran rimero de piedras.

«Llega el arzobispo; y cuando le tuvieron á tiro, y

cuando el miraba á todos lados buscando sus operarios ¡ira de Dios! descarga sobre su apostólica humanidad una horrorosa lluvia de piedras, y acertándole una pedradilla en el sitio destinado al solideo, dá con su Ilustrísima en tierra. Avalanzase entonces á él el ejército coligado, y á martillazos ponen fin á sus dias. Pero tras el pecado les vino la pena. Orgullosos los obreros con su triunfo, salen como locos por la ciudad dando descompasadas voces, é incomodando al vecindario. Exaspéranse los habitantes con tan irregular comportamiento, refúense, emprenden con la turba de obreros, y los cazan y asesinan como á bestias feroces.

«La vindicta pública quedó satisfecha, pero los tres reyes quedaron tambien sin asilo. Trasládóseles despues á una iglesia provisional, donde se les construyó una magnífica caja guarnecida de planchas de oro é incrustada de piedras preciosas: sobre sus tres cabezas se pusieron tres coronas de oro, de peso de seis libras cada una, y adornadas de una porcion de diamantes y de perlas, debajo de las cuales se escribió con letras formadas de rubíes los nombres de GASPAS, MELCHOR Y BALTASAR.

«Tan pronto como la catedral estuvo habitable, fueron trasladados á ella los tres Reyes; y el elector Maximiliano Enrique de Baviera les hizo construir un bello monumento, que es el que veis. Sus Magestades descansaron en paz hasta el año 1794, en que viendo la guerra que los franceses habian declarado á las testas coronadas, creyeron necesario emigrar, y se retiraron á Westphalia huyendo del ejército frances, y acompañándolos el arzobispo que no quiso apostatar del partido monárquico. En 1804 regresaron los Magos á Colonia, pero tan mal parados como habian quedado en aquella época la mayor parte de los reyes vivos. Habian perdido las coronas y casi todos las alhajas. El cabildo les ha hecho reemplazar posteriormente con coronas de perlas imitadas y de piedras falsas; pero Sus Magestades, que no deben entender gran cosa del ramo de bisutería, parece que se hallan tan contentos como si conserváran las antiguas.»

La relacion del Cicerone tenia á Tirabeque con la boca abierta, y á mi me convenció de la certeza de lo que ya habia leído, á saber, que por Alemania no se puede dar un paso sin encontrarse con una leyenda antigua. La Alemania es el pais de las leyendas.

«En esta misma capilla, añadió el guia, están depositadas las entrañas de la célebre *Maria de Médicis*, ved allí la caja que las encierra. ¿Quereis ver prosiguió las *once mil vírgenes*?—¿Como es eso! exclamó Tirabeque: ¿tambien andan por aquí las once mil vírgenes? ¿y donde hay sitio para tantas hermanas? Si es cierto, veámoslas, que si estan todas, aun será obra de largo rato el pasarlas revista.—«Oh, ellas están enterradas en la capilla de *Santa Ursula*, distante algun trecho de aquí: toda la iglesia está llena de los huesos de las santas doncellas. Pero en una capilla del coro de esta misma catedral vereis un gran cuadro que representa su arribo á Colonia; porque habeis de saber que los habitantes de Colonia tenemos el honor de que en nuestro territorio fueron martirizadas *Santa Ursula* y sus *once mil jóvenes* compañeras.—¿Pues no está malo el honor por vida mia! repuso Tirabeque; el honor fuera si ustedes les hubieran salvado las vidas; pero decir que es honor el haber dado martirio á once mil doncellas!—Perdon! quien las martirizó no fuimos nosotros, sino los Godos que se apoderaron de la ciudad: los Germanos la defendieron con todo el valor posible.»

Asi hablando llegamos á la capilla; y cuando contempláramos el grandioso cuadro, «¿y no podrá vd. decirme, Sr. comisionista (le preguntó Tirabeque), quiénes fueron y que hacian por aquí tantas muchachas juntas? porque yo he oído mucho de las once mil vírgenes,

y nunca he podido saber que cosa fueron las tales niñas.—¡Oh! las once mil vírgenes fueron once mil damas de honor, hijas de las familias mas nobles de la Gran Bretaña, escogidas por los Reyes de aquella nacion para que acompañasen y sirviesen de cortejo á su hija la Princesa Ursula, á quien un ángel habia comunicado de parte de Dios que aceptara la mano del Principe Coman, hijo del principe Germano Agripino, que la solicitaba por esposa. La jóven y hermosa princesa partió para Roma acompañada de sus once mil damas nobles con objeto de recibir un segundo bautismo del Papa Ciriaco.

«Hecho esto, las once mil vírgenes se volvieron á embarcar en el Rhin; el Papa Ciriaco con una gran parte del clero vino acompañándolas. Al llegar á Mayenza les salió al encuentro el Principe Coman, pretendiente de Ursula, el cual encantado de su belleza dijo: «imposible es que el Dios á quien adora una criatura tan hermosa no sea el verdadero Dios:» y en el momento resolvió hacerse cristiano. Bautizale el Papa incontinenti, prosigue la santa comitiva su navegacion hasta Colonia con ánimo de celebrar aquí el matrimonio, y entran las once mil vírgenes en la ciudad. A este tiempo cae sobre Colonia un ejército de Godos; los habitantes, mandados por Coman, hacen una vigorosa defensa, mientras las once mil vírgenes se ocupaban en rogar á Dios por la salvacion de la ciudad; pero el cielo habia decretado que los Godos vencieran: entraron estos, pusieron á las once mil vírgenes en la alternativa; ó de casarse con once mil godos ó de sufrir el martirio. Las santas doncellas prefirieron este último estremo, y fueron todas degolladas en un dia.

«¡Bárbaros! exclamó Tirabeque dando un grito de indignacion: no creí yo que los tales godos eran tan feroces: ¿degollar once mil hermosas muchachas!!! ¿Pero cómo podrian reunirse tantas doncellas, mi amo?—Autores hay, Pelegrin (le dije yo), que sostienen no haber sido *once mil*, sino *once* solamente; y que la equivocacion nace de la circunstancia de llamarse una de ellas *Undecim illa*, cuyo nombre dió ocasion á que creyera el vulgo que eran *once mil*, ó sea en latin *undecim mille*.—¡Oh! perdon, repuso seria y agriamente el guia: es fuera de toda duda que eran *once mil*.—Once mil serian mi amo, no lo dude vd., que asi lo reza tambien el calendario de España; y aunque á primera vista parecen muchas, tengo para mí que en aquellos tiempos debian abundar mucho mas las vírgenes que ahora: que si ahora volvieran los bárbaros de los Godos, paréceme que no habian de encontrar tanta cosecha de vírgenes en que cebarse.—Señores, (añadió yo Fr. Gerundio), la opinion que he manifestado no es la mia; he dicho que asi lo sostienen graves autores: por lo demas no niego yo que fueran *once mil*.»

Salimos de la catedral y llegamos á una calle donde me llamaron la atencion dos inscripciones que en dos lápidas de mármol negro en una casa de la izquierda se veian. Miré con cuidado y llamando á nuestro guia, ¿es el retrato de Rubens este? le dije.—En efecto, lo es, me respondió: esta es la casa en que nació el principe de la pintura flamenca; esa larga inscripcion lo esplica.—¿Y la otra que se vé mas arriba?—Aquella dice que en esta misma casa murió *Maria de Médicis*, muger de Enrique IV de Francia. Si quereis ver la capilla y pila donde está bautizado Rubens iremos á la iglesia de san Pedro.—Con el mayor placer, le respondí.

Fuimos pues á san Pedro y tuvimos el gusto de ver la pila en que fué bautizado el famoso pintor con una de sus obras maestras, un san Pedro que se enseña con mucho misterio; sin embargo no está tan honrado Rubens en Colonia como en Amberes.

M. LAFUENTE.